



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

LOS MISTERIOS DEL BOSQUE VIRGEN,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

En primer lugar debo decir algunas palabras acerca de la errónea opinión que domina en punto á la salubridad. Los razonamientos son aquí superfluos. Las cifras hablarán con su ruda elocuencia. Las estadísticas aplicadas únicamente á los europeos, demuestran que el clima de Guayana es más sano que el de todas nuestras colonias. En efecto, el término medio de las defunciones en las tropas de guarnición en Guayana durante los últimos treinta años, comparado con el de otras colonias atestigua la facilidad de aclimatación para los europeos.

El cuadro de la mortalidad inserto en la *Revista Colonial* manifiesta que la Guayana da un 2,81 por 1.000 de defunciones, mientras que Surinam y Demerara dan 8,20, la Martinica 9,10 y el Senegal, 10,90.

Es decir, que el término medio de Guayana es sensiblemente el mismo de Paris, que ofrece desde 1854 á 1859 2,80 por 1.000, y 2,45 de 1860 á 1868.

Esta estadística es sumamente favorable para nuestra colonia ecuatorial. Las fiebres, que pocas veces visten carácter pernicioso, debilitan mucho á las personas, es verdad, pero no las producen la muerte. La disentería es casi desconocida, y la fiebre amarilla, endémica en las otras colonias, aparece allí muy de tarde en tarde. Por último, y como dice muy bien el comandante Bouyer, de que existan en Guayana algunos puntos verdaderamente insalubres, no se debe deducir la insalubridad general y absoluta del país, como sería absurdo juzgar á Francia por la Sologne y á Italia por las Lagunas Pontinas. Hay en Guayana lugares malsanos y otros muchos que no lo son. Á estos últimos es á donde deben dirigirse los trabajos de colonización, llevándole á los primeros parcialmente y con extremada reserva.

¿No vemos hoy el pueblo de San Lorenzo, antes infestado por los miasmas palúdicos que hacían peligrosa la vida en él, convertido, gracias á un admira-

de procedimiento de desmonte, en uno de los puntos más saludables del territorio?

Resulta de lo expuesto que en Guayana se puede vivir como en todas partes. Allí se ven ancianos en las diversas clases de la sociedad y en las diferentes razas. Entre los indios y los europeos se encuentran numerosos casos de extraordinaria longevidad (1).

Lo único peligroso que hay, y eso á causa del calor, son las *zozos* de todas clases. No hay que olvidar que la menor infracción de las reglas de la higiene se paga tarde ó temprano, y que la intemperancia es siempre mortal.

Las enseñanzas de la historia no son ménos provechosas que las de la estadística. Así como he podido demostrar por medio de cifras que la existencia en la zona equinoccial no es tan peligrosa como se cree, espero probar que todas las tentativas de colonización verificadas anteriormente debían producir fracasos lamentables, cuya responsabilidad no debe atribuirse á la colonia.

La historia de los principios de Guayana puede resumirse en pocas palabras: Impericia y crueldad de los jefes, abusos de autoridad, trastornos y exacciones á los naturales.

En el trascurso del siglo XVII se llevaron á cabo seis expediciones, y todas concluyeron miserablemente. La primera fué organizada en 1604 en Rouen por el capitán La Ravazière, que desembarcó en la isla de Cayena con treinta emigrantes, todos indocumentados, y la mayor parte vagos. Sin dificultad ocuparon el monte Ceperon, en cuyas inmediaciones habitaban valientes caribes en estado completamente salvaje, y vivienda de la caza y de la pesca. Recibieron muy bien á los recién llegados; pero éstos, que querían vivir sin trabajar, exigieron viveres á los indios, tratando de reducirlos á la esclavitud; pero se resistieron enérgicamente, y en ménos de un año desaparecieron los franceses, aniquilados por la guerra y por el hambre.

La segunda y tercera expedición, igualmente dispuestas por mercaderes de Rouen, sufrieron la misma suerte, una en 1630 y otra en 1633. Los emigrantes, que carecían de viveres y de albergues, atacaron á los indios, los cuales para defenderse se aliaron á los ingleses y á los holandeses, que codiciaban la posesión de la isla. La mayor parte fueron devorados por los caribes.

La fundación de Cayena data de 1635.

En 1643 se formó una nueva compañía en Rouen, obteniendo, mediante los correspondientes privilegios, todo el país comprendido entre el Amazonas y el Orinoco, á condición de crear en él establecimientos y poblarle. La expedición, considerable en aquella

época, se componía de trescientos emigrantes, conducidos por un loco furioso llamado Poucet de Brétigny.

Brétigny, en vez de dedicarse á conquistar las buenas disposiciones de los naturales — empresa fácil que los ingleses y los holandeses habrán realizado desde el principio — los arrajó de las cercanías del monte Ceperon para establecerse en ellas con sus enganchados. Poco después quiso reducir á esclavitud á los pieles-rojas, pero éstos se defendieron valerosamente. Perseguidos como á fieras, ahorcando ó quemando vivos á los que pudo coger.

No contento con privarse de este modo de aliados poderosos que se hubieran convertido en auxiliares adictos y fieles, sometió á sus propios compañeros á toda clase de torturas. Mal alimentados, con viveres repugnantes, parcamente distribuidos, los infelices trabajaban de la mañana á la noche bajo el implacable sol del Ecuador. La más ligera falta era castigada con inaudita ferocidad. Tenía una placa de hierro con las iniciales de su nombre entrelazadas; la enrojecía al fuego y marcaba en medio de la frente ó en las palmas de las manos á los que desobedecían sus órdenes. Los enganchados, hartos ya de sufrir y de padecer, se sublevaron el 4 de Mayo de 1644, apoderándose de su verdugo. Ciento veinte huyeron, una mitad á Surinam, otra mitad al Brasil. A los veinte días fué puesto en libertad, reduciendo de nueva á la desesperación á los desgraciados que habían quedado en Cayena. Buscaron refugio entre los galibés, quienes los acogieron como á hermanos. En cuanto á Brétigny fué muerto por los indios.

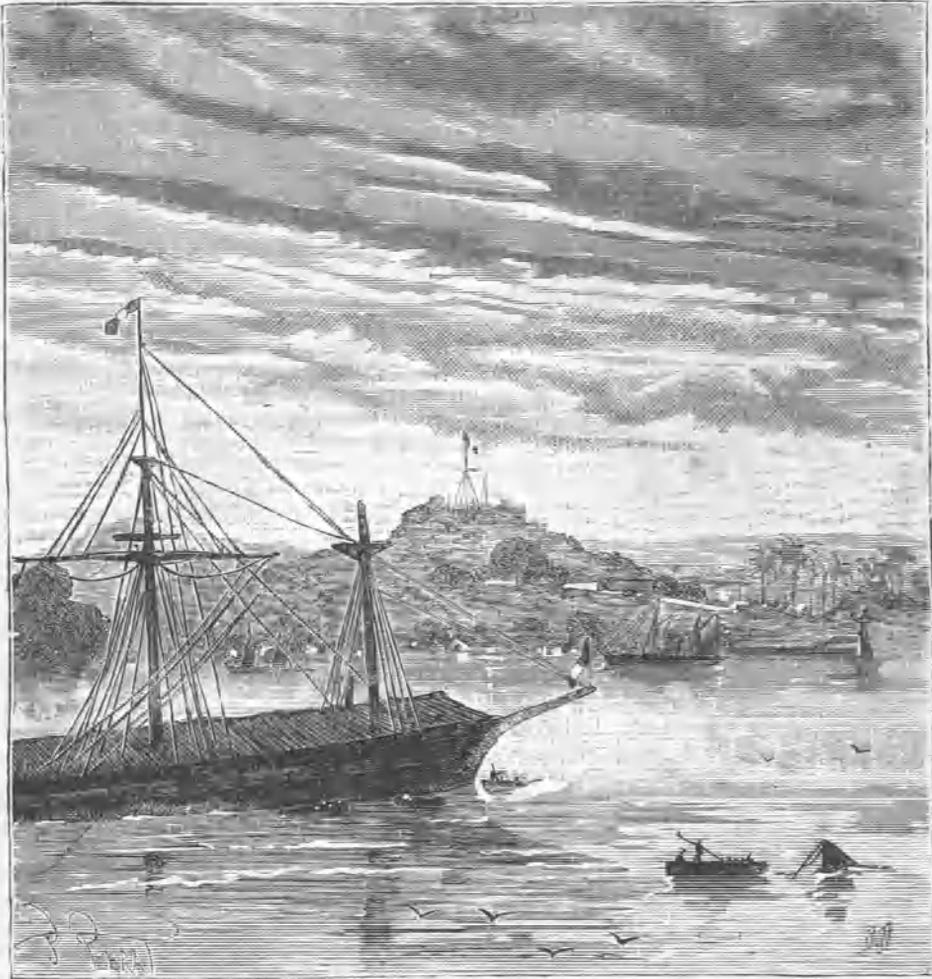
Mientras que los franceses, mejor aconsejados esta vez vivían en paz entre los indios, y se unían con sus hijas, formábase en París una nueva compañía llamada de los Doce Señores ó de la Francia equinoccial. Fueron sus fundadores M. de Royville, el abad de Marivaux y el abad de Laboulaye, intendente de Marina. Reuniéronse ochocientos hombres; el capital social era de ocho mil escudos de oro, y la expedición salió de París el 18 de Mayo de 1652. Los principios fueron deplorables. El abad de Marivaux, que mandaba como jefe, se ahogó en el Sena al pasar de una embarcación á otra, y M. de Royville, que le reemplazó, fué asesinado en el mar por los Señores que se sublevaron. Los enganchados tuvieron que sufrir á su llegada grandes miserias á causa de la imprevision de la compañía que, como sus predecesoras, no llevaba viveres más que para la travesía. Cometiéronse nuevas exacciones contra los indios, que las rechazaron con su habitual valor. Para colmo de desdicha, se dividieron los Señores; y uno de ellos, Isambert, convicto de haber fraguado el asesinato del director, fué condenado á muerte y decapitado. Los indios de la isla, hostigados por los emigrantes que se hallaban reducidos á la miseria más espantosa, se unieron á los del continente. Los colonos se refugiaron en el fuerte, de donde salieron al poco tiempo á causa de las privaciones que experimentaban. Los que sobrevivieron marcharon huyendo á Surinam. Durante quince meses quedó la colonia en poder de los indígenas.

(1) Actualmente los blancos de Europa entran en Guayana y se entregan á los trabajos más rudos. Otros son albañiles, serradores, barqueros, carpinteros, etc. Algunos no temen introducirse en las marismas para construir los muelles, ni vacían para limpiar los canales. Esta disposición para adaptarse al clima confirma plenamente la opinión emitida por Humboldt en su admirable *Cosmos*.

Además, los españoles y portugueses se han aculturado en América del Sur, cuyo florecer pueblan. ¿Por qué no han de lograr los franceses lo que han conseguido esos pueblos?

Los holandeses, que encontraron desocupado el puerto, se instalaron en la isla de Cayena bajo el mando de Gaerlin-Springer, y por cuenta de la compañía holandesa de Ostende. Aquel jefe hábil y prudente trató á los indios con dulzura, y pudo conseguir que se alejasen al interior de las tierras.

Desde 1644 á 1654 prosperó notablemente la colonia, gracias al comercio de los holandeses y al trabajo de los blancos. Durante aquel período brillante, el único hasta entónces conocido en la Guayana francesa, convertida en holandesa, y al cual para nada contribuyó Francia, fundió Colbert en una sola com-



Vista de Cayena.

pañía, llamada *Compañía Real de las Indias occidentales*, todas las sociedades rivales que se perjudicaban en vez de favorecerse.

Monsieur de la Barre, tan buen administrador como intrépido marino, fué nombrado gobernador. Llegó á Cayena á la cabeza de mil doscientos hombres con orden de arrojar á todo el que ocupase el territorio. Los holandeses capitularon en Mayo de 1664. De igual modo que Springer, M. de la Barre trató á los indios con dulzura, y supo dar á la colonia un nuevo impulso de prosperidad.

Desgraciadamente volvió á Francia, dejando el mando á su hermano M. de Lézy. Esta interinidad no fué afortunada. Los ingleses saquearon la colonia mientras M. de Lézy estaba en Surinam. El Padre Morellet, párroco de Cayena, salvó con su energía los restos de nuestra posesion. Monsieur de la Barre vuelve en 1668, regresa en 1670, y confía por segunda vez la direccion á su hermano. Aquella nueva ausencia del titular fué mas desastrosa que la primera. Los holandeses, que ya habian poseído á Cayena y conocian sus riquezas, acariciaban la es-

peranza de descubrir minas de oro, cuya existencia les había sido anunciada por los indios. El 5 de Mayo de 1676 se apoderan de ella, y trabajan con actividad para aumentar las obras de defensa. En vano fortifican á Remire en la entrada de los ríos Apurimaga, Sinnamary y Oyapock. El almirante d'Estrees se presenta en las aguas de Guayana y hace sufrir al enemigo una sangrienta derrota, á pesar de su tenaz defensa. Luis XIV conmemora este brillante hecho de armas con una medalla, en cuyo exergo se lee: *Cayana recuperata*, 1676, y la cual existe en el gabinete numismático de París.

Nuevamente la colonia en poder de Francia caímba hacia una gran prosperidad, cuando un toro franco llamado Ducasse arribó allí en 1688 con objeto de sorprender á Surinam. Prometiéndole entregar al saqueo aquella colonia, logró que se embarcase con él la mayor parte de los habitantes. En la emboscadura del río de Surinam se apoderó de una falúa que vigilaba para anunciar la proximidad del enemigo. En vez de aprovecharse de aquella ventaja para caer de improviso sobre la población, dejó transcurrir un tiempo precioso, y los holandeses, noticiosos del peligro, se pusieron en estado de defensa. Perdió mucha gente, y tuvo que emprender la retirada. Después de este fracaso puso la proa á las Antillas, en donde se fijaron para siempre los colonos que habían escapado á la muerte. En aquella desdichada expedición perdió Guayana su población y su riqueza.

Tal es el triste balance de la colonia en el siglo XVII. Á pesar de todos los esfuerzos, no contaba aquel desgraciado país, en 1700, más que cuatrocientos blancos y unos mil quinientos negros. Las causas de tantos desastres son muy fáciles de determinar: las concesiones hechas á sociedades pobres, incapaces para poblar y para defenderse, la ignorancia de los jefes, la improvisación de los organizadores y los inhumanos procedimientos empleados con los indígenas á quienes se reducía á la esclavitud.

Pero aún no hemos llegado al fin. Los reveses experimentados en aquel período son de poca monta en comparación de la disparatada empresa en que perecieron más de diez mil personas, conocida con el nombre de *desastre de Kuru*.

Habiase perdido un siglo en estériles ensayos de colonización. En 1700 todo estaba sin organizar. Los negocios quedaron desgraciadamente en aquel deplorable *status quo*. El desquite de Cassard, en 1713, no reparó los daños causados por la empresa de Ducasse, y los descalabros de los últimos tiempos del reinado de Luis XIV dieron el golpe de gracia. La Guayana vió que por el tratado de Utrecht, en 1713, se la arrebataban las riberas del Amazonas, y sus límites retrocedieron más de veinticuatro leguas por el Norte.

Desde 1713 á 1763, la colonia continuó vegetando sin ningún incidente notable. En 1716 se introdujo en Cayena el cultivo del café, por medio de algunas plantas que llevó de Surinam un desertor francés. Aquel hombre, desafiando la pena de muerte dictada por los holandeses contra el que infrin-

giera la prohibición relativa al transporte de las plantas de café, alcanzó su indulto en recompensa de aquella preciosa adquisición (1).

El Gobierno francés, que quiso en 1763 desquitarse de la pérdida del Canadá, resolvió verificar la expedición de Kuru. Tratábase de dotar á la Guayana de una población europea. Aquella empresa debía tener la misma suerte de las demás por la misma falta de miras y de combinaciones. Pero como es la más desastrosa de todas las que se han intentado en la Guayana, y como por ella ha adquirido la colonia una reputación no merecida de insalubridad, conviene entrar en algunos detalles á fin de apreciar quién es responsable de la catástrofe: el hombre ó la Naturaleza.

Se decidió organizar la empresa por consejos del caballero Turgot, oficial general de los ejércitos que supo interesar al duque de Choiseul, á la sazón ministro de Marina y de la Guerra, dejándole entrever en aquella expedición el medio de asegurar á su familia una fortuna inmensa. El primer acto del Gobierno fué conceder á los duques de Choiseul y de Choiseul-Praslin todas las tierras comprendidas entre los ríos Kuru y Maroni, es decir, unos ciento veinte kilómetros de litoral hipotecados por aquellos nobles personajes en las cálidas brumas del Ecuador.

Monsieur de Turgot, nombrado gobernador en 1763, tomó por intendente á M. de Chanvallon, antiguo miembro del Consejo Supremo de la Martinica. Activó los preparativos, comenzando á construir, antes de todo, albergues para mil doscientas personas. Para esto utilizó los conocimientos de M. de Prefontaine, antiguo oficial, propletarlo desde hacía veinte años en Kuru. Las inconcebibles lentitudes del ministerio retardaron cuatro meses la llegada de aquel experto colono á Cayena. Las autoridades de la colonia le suscitaron además una serie de dificultades de tal índole, que cuando llegó el primer convoy de seiscientos emigrantes, apenas se disponía de algunas cabañas.

Fué preciso disponer tiendas de campaña para resguardar de los rigores del clima á los colonos. Se presentaron las fiebres, y no había hospital ni servicio médico. Esto sucedía en Setiembre de 1763. Chanvallon, obligado á permanecer en París por las trabas que ponía la Administración, se embarcó el 14 de Noviembre con 1,429 emigrantes. Ignoraba los obstáculos que habían sufrido los trabajos de Prefontaine, y creía que todo estaba dispuesto. En 22 de Diciembre llegó á Cayena. El desembarque se verificó con excesiva lentitud. Los pasajeros eran albergados en unos cobertizos, y la traslación á Kuru presentaba mil dificultades. No existían en la colonia barcos ni pilotos. El Ministerio, que conocía esta carencia, ordenó enérgicamente á las autoridades de Cayena que preparasen embarcaciones, pero aquellas se resistieron con una inercia incalificable. Por último, se hizo el transporte en un pequeño bergantín.

En Febrero de 1764, y cuando los apuros eran mayores, tuvo noticia M. de Chanvallon de la llegada

(1) La Guayana es la primera colonia francesa que se ha dedicado al cultivo del café.

de un buque conduciendo cuatrocientos trece individuos. En seguida corrió al campamento. El hospital rebotaba de enfermos tendidos en la arena, sin más abrigo que unos pedazos de tela y casi sin socorro. Todo esto ocurría en lo más fuerte de la estación de las lluvias. El intendente se convenció de la imposibilidad de hacer frente á tal aumento de población. Sin embargo, no debía recibir nuevos pasajeros ántes de que sus cartas hubieran participado al Ministerio que todo estaba dispuesto. Contó con los recién llegados para terminar los preparativos, pero se negaron á trabajar, ocupándose durante muchos meses en asistir á banquetes y hacer comedias. El convoy llegó en 19 de Marzo de 1764, anunciando la venida de dos mil personas, entre hombres, mujeres y niños, para el inmediato mes de Abril.

Sin dificultad se adivinarán cuáles fueron las angustias del intendente al tener conocimiento de aquella noticia. Las privaciones de los emigrantes no podían ser mayores en Kuru. Por más que las islas del Diabolo estaban enteramente ocupadas, no hubo más remedio que aglomerarlas allí. Para que nada faltase, hubo una sublevación. Escribió al ministro para que suspendiera los embarques de emigrantes, pero las cartas no salieron ó llegaron demasiado tarde. Durante los meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto continuaron arribando las expediciones. Doce mil personas, según unos, trece mil, según otras, estaban amontonadas en Kuru. Era imposible precisar la cifra, pues fué tal la confusión, que se perdieron los datos de los últimos convoyes. Se declaró la peste, acometiendo á los que no habían sido víctimas de las calenturas. Esto tenía que suceder forzosamente, pues se sabe que gripas de trescientos ó cuatrocientos individuos se albergaban en confuso monton debajo de cobertizos fangosos, incapaces para proteger del sol y de la lluvia, careciendo de víveres y de medicamentos.

Diez mil personas perecieron, y escasamente dos mil regresaron á Francia. Se perdieron más de treinta millones. Este drama duró un año.

Así terminó aquella expedición formada por gentes de todas clases, artesanos, empleados civiles y militares, actores, capitalistas (?), vagos que buscaban aventuras, músicos, etc. La falta capital consistió en fundar una colonia de consumidores, sabiendo que la Guayana tenía tan sólo algunos habitantes pobres y diseminados en un territorio inmenso; transportar aquella enorme multitud á una costa inculta, sin cuidados, sin albergues, y no darla más que alimentos averiados, procedentes de Europa, que fueron la causa de las enfermedades contagiosas.

El lector juzgará ahora si el desastre es imputable á la torpeza de los hombres ó á la profunda insalubridad del clima.

Necesitábase un hombre de genio para regenerar la colonia que se daba como perdida. Al fin hubo de tener acierto el Gobierno, escogiendo á M. Malouet, que fué enviado á Guayana como ordenador en 1766. Auxiliado por el ingeniero Guizan, M. Malouet, el funcionario más eminente que ha tenido la Guayana, inició una era de prosperidad que duró más de veinte

años. Desagües de pantanos, canalización, construcciones, saneamientos, todas las innovaciones provechosas datan de aquella brillante administración.

La revolución francesa iba á repercutir al otro lado del Atlántico. Algunos meses después de aquel gran acto reparador, que se llama la abolición de la esclavitud, que la Convención escribió en letras de oro á la cabeza de sus decretos, apareció la orden de 12 de Germinal, año IV (1.º de Abril de 1795), que condenaba á ser deportados á Barrère, Vadier, Collot-d'Herbois y Billaud-Varennes (1). Los dos primeros se escaparon, y los segundos fueron enviados á Guayana.

El 18 de Fructidor, año V (4 de Setiembre de 1797), el Directorio disuelve los dos Consejos y condena á la deportación á quinientos diez y seis de sus enemigos políticos, casi todos diputados, nobles, periodistas, sacerdotes ó generales. Ciento ochenta lograron escaparse, y los trescientos treinta restantes se enviaron á Guayana, siendo internados en Comama y Sinnamary.

Iban á reproducirse los nefastos días de Kuru, iluminando lúgubres escenas y mortales sufrimientos. Aquellos ciento treinta deportados, á quienes se trataba en Francia como á malhechores, fueron amontonados, al salir de Rochefort, en el entrepuente de los buques. En las horas dolorosas de una travesía interminable, experimentaron las angustias del hambre y los horrores de la sed (2). Al llegar á la ría de Cayena habían muerto muchos. Casi todos desembarcaron moribundos, siendo conducidos sin tardanza á los hospitales, y ciento sesenta y uno sucumbieron á consecuencia de la nostalgia y de las privaciones anteriormente sufridas.

Algunos, entre los cuales se hallaban Pichégu, Ranel, Barthelemy, Villate, Aubry, Daussonville, de Lorne y Letellier, se evadieron huyendo á los Estados Unidos. Barbé-Marbois y Laffon-Ladébat volvieron á Francia.

No es de extrañar que semejantes tormentos sufridos durante la travesía, y coronados por la internación en Guayana, hayan agraviado los caracteres mejor templados, guardando un triste y doloroso recuerdo de las regiones equinociales, y que la amargura rebosa en sus conversaciones acerca del teatro de sus tribulaciones. Monsieur Barbé-Marbois entre otros, fué el enemigo más implacable de Guayana, y sus afirmaciones formuladas desde la tribuna de la Cámara de los Pa-

(1) He visto en Sinnamary la roca en que, según la tradición, descansaba Billaud-Varennes, rodeado de los niños negros de la aldea, que le adoraban, y á los cuales enseñaba á leer.

L. B.

(2) El octavo día de navegación, escribe Ranel, se dignaron permitirme respirar una hora y solamente tres de nosotros, Troncon-Daussonny, Pichégu y Lovilleheupola, estuvimos en disposición de aprovechar el permiso. De los demás, ninguno tenía fuerza para salir del entrepuente. Yo pasé veintidós días en la cueva de los leones... El capitán Laporte no olvidó ningún tormento que pudiera hacerse sucumbir. Por un exceso de barbarie me quiso darnos una señal para trepar al puente, de modo que viéndonos obligados á hacerlo por medio de una cuerda en el hueco de las estillas, no podíamos respirar el aire libre ni á los que más lo necesitábamos.

Se nos negaban los utensilios más indispensables, todo...

res, ejercieron gran influencia sobre el juicio de sus contemporáneos.

Sea lo que quiera, importa hacer notar que el Directorio no se proponía organizar la colonización. Si los efectos de las terribles medidas que adoptó fueron desastrosos, no se debe inculpar por eso al clima.

Noventa años han pasado sobre aquellas miserias. La situación mejora visiblemente aunque esté lejos la realización del ideal. Pero siempre es oportuno preguntarse por qué ni el tiempo ni la experiencia han podido destruir completamente esa reputación de insalubridad tan inmerecida.

Yo he querido, á mi vez, combatir esta preocupación injusta, y contribuir en la medida de mis fuerzas á la rehabilitación de ese país mal conocido, y por el cual estoy verdaderamente apasionado. ¡Ojalá que mi débil voz sea escuchada! ¡Ojalá que pueda yo añadir una piedra al edificio que allí construyen unos valientes que trabajan y esperan!

Este será un galardón inapreciable para un oscuro ciudadano á quien no guía en su obra más que un ardiente patriotismo.

CAPÍTULO IV.

Una carta de Francia.—El Robinson en París.—El asfalto y el Bosque Virgen.—La boquilla de la calle Saint-Jacques.—Los dragones de la miseria.—Inquietudes de una madre.—Comunicaciones interoceánicas.—Navegación colonial.—*Dieu-Merci* y *Las Reponjas*.—Golpe doble.—Equipajes sin dueño.—El predatorio rehabilitado.—¡Después de veinte años de ausencia!—*En busca de papel*.—Las máquinas de vapor tienen derecho de ciudadanía.—*Le Immuñeton*.

París, 15 de Julio de 187....

QUERIDOS PADRES, QUERIDOS HERMANOS:

El correo inglés sale mañana de Southampton para las Guayanas. Dentro de veintidós días la goleta *Maroni-Paquet* que ha reemplazado á nuestro *Tropic-Bird*, zarpará de Surinam con dirección al Marañon.

Ocho días más tarde llegará esta carta á la rancharía, *La Francia equinoccial*, adelantándose tres semanas. ¡Ya es hora! ¡Al fin volveré á veros después de una interminable ausencia de diez meses! Nicolas y yo estamos dominados por la fiebre de la marcha, fiebre ménos peligrosa que la de los grandes bosques, pero igualmente violenta.

Estoy saturado de París, por más que conociéndole, he sabido apreciarle. «Convengo, sin embargo, en que es la residencia que prefiero después del Bosque Virgen, no hay para qué decirlo. Necesito la civilización extrema ó la naturaleza en su primitivo estado salvaje. No admito término medio. Mi adaptación á esta nueva vida ha sido rápida y ha agotado en poco tiempo la serie de novedades. Pero no sé cómo me hubiera valido en esta soledad atestada de seres humanos, donde el extranjero se encuentra más aislado que en nuestros bosques, si no hubiese tenido por guía al buen Nicolas.

Los primeros días parecía un salvaje literalmente atolondrado por el incesante ruido de la gran ciudad. No veía más que enormes casas, yuxtapuestas á otras casas, como nuestros gigantescos árboles están mi-

dos á otros; gentes atareadas que corren á millares, como un ejército de hormigas de yuca, ó industriales que gritan por las calles, ni más ni menos que los monos aulladores. Era imposible distinguir algo á través de la muchedumbre, del polvo, de los carruajes, del lodo, de la fulguración de las luces ó de los obstáculos de las grandes vías. Ningún europeo se quedará tan absorto ante los cinco millones de hectáreas del Bosque Virgen, como yo me quedé al entrar en París.

Por fortuna, no me cansaré de repetirlo, tenía á Nicolas, que es una verdadera brújula adiconada con una guía del viajero. Ahora, nuestro salvajito sabe ir en camino de hierro lo mismo que las personas; los tranvías no le asustan, y la luz eléctrica no le causa admiración. Ha visitado el Louvre, ha trabajado en la Biblioteca Nacional, ha seguido algunos cursos en la Escuela de Minas, ha estudiado en el Museo de Historia Natural, y ha recorrido muchos almacenes de todas clases. Nuestras compras han terminado, y llevo un verdadero muestrario de libros, armas y efectos de vestuario, sin olvidar la serie de instrumentos y útiles para la agricultura, así como las máquinas indispensables para nuestras futuras explotaciones. Todo se halla dispuesto para hacerse á la mar, y constituye el cargamento completo de un vapor de tres palos. No he economizado nada, y creo que quedaréis contentos. Hemos observado rigurosamente la consigna que en : gastar mucho para ganar tiempo.

Ya están ejecutadas vuestras órdenes, y nos preparamos á regresar. Silento que se apodera de mí el fastidio, y creo que también de Nicolas. Éste quiere abrazaros y comer una fritada de pimientos con aimara. Aquí no se encuentra más que pescado de río y no hay el recurso de emborrachar al *Saint* con niku.

Hace un calor infernal. El asfalto se reblandece hasta el punto de quedar en él impresa la huella del pié y se suda como un boñío. El termómetro ha señalado 37° á la sombra, ¡Y todavía hay quien dice que la Guayana con su temperatura media de 27° es el infierno de los europeos! En cambio hemos tenido en el mes de Enero 15° bajo cero con su correspondiente acompañamiento de hielo y nieve. ¡Cuánto se hubiera reído Angosso si me hubiese visto envuelto en un gaban forrado de pieles con un cuello de mitria, cubierto con un gorro de paño y atado como un esquimal! Aborrozo el invierno y me ahogo en esas chozas llamadas asustas de fonda. ¡Y los restaurantes!

¡Oh! No dejo de recordar mi vida de familia, con sus dulces coloquios, sus últimas expansiones y sus sinceras alegrías! ¡Aun debo esperar tres semanas! ¡Aun he de recorrer dos mil leguas para disfrutar esos días!

Nicolas que está leyendo lo que escribo, tiene los ojos enrojecidos de llorar pensando en vosotros. No se olvida de hablar en criollo, y murmura, como en otro tiempo nuestro buen Casimiro: «Esp, mianó.»

Yo tengo oprinido el pecho; me sofoco, y mi vista se me nubla al evocar con el pensamiento vuestra imagen, pronunciando en voz alta vuestros nombres, para hacerme por un instante la ilusión de que os

hallais presentes. Mamá, papá, Enrique, Eduardo, Eugenio, os veo, os hablo, os oigo. No tengo temor en confesarlo; el pequeño Robinson. Hora al acordarse de los seres tan amados que ahí le esperan, en su querida Guayana.

No he de cerrar esta carta sin referiros un episodio conmovedor de nuestra estancia en París. Todos los honores correspondían á Nicolas, cuyo excelente corazón ya conocíais, y cuyos sentimientos respiran la delicadeza más exquisita.

—Vén— me dijo atreayer por la mañana.

—¿Á dónde vamos?—le pregunté.

—Es un secreto. Déjame hacer y no quedarás descontento.

Salimos á pié de nuestra fonda de la calle Vivienne, y después de una caminata bastante larga, llegamos á una callejuela situada en la otra orilla del Sena.

Subimos los húmedos escalones de la altísima escalera de una casa de aspecto miserable, y en el sexto piso se detuvo Nicolas, que apenas podía respirar.

—Ahí es— me dijo con voz ahogada por la emoción— señalando una puerta pintada de ocre, y en la que había un cartelito con estas palabras; *Madame D... Flores artificiales.*

—Si, aquí es— dije.

Y desgarrando con el pensamiento el velo que sobre lo pasado habían extendido por veinte años de ausencia, reconocí la boardilla de la calle Saint-Jacques!

Entramos. Una mujer completamente enlutada y pálida por el dolor, se levantó al vernos. Tres niños, de corta edad, la miraban con aquella expresión de dolorosa insensibilidad, característica de los que nunca han conocido la alegría. Una criatura de tres años respiraba fatigosamente en una cuna.

¿Recuerdas madre mía el último día del año que pasamos en París? Era yo muy pequeño, y sin embargo, se halla en mí tan vivo ese recuerdo como si no hubiera transcurrido tiempo alguno. El aspecto de aquella madre enlutada y de aquellos niños que no cesaban de llorar, me produjo la ilusión de que veía á la viuda del muerto en vida rodeada de sus hijos.

Y era tanto más completa la ilusión, cuanto que sentía palpitar, como en otro tiempo, el drama de la miseria y del dolor. Indudablemente hay en la tierra lugares maldicidos. Expliqué el objeto de nuestra visita diciendo que era una peregrinación al teatro de nuestros sufrimientos. La desconocida, confiada como los que desesperan, nos abrió el corazón refiriéndonos sus entes. Su historia puede resumirse en pocas palabras. Su marido, honrado obrero, quebrantado por el trabajo, estaba en el hospital hace dos meses; los recursos de su profesión de florista eran insuficientes; no recibía encargo alguno; estaban en la miseria, y para colmo de infortunio se hallaba en la agonía el hijo más pequeño.

—Señora—le dije al marcharme— no perdais las esperanzas. Mientras que mi padre estaba en la penitenciaría, mi madre luchó y sufrió como vos. Mis hermanas y yo hemos experimentado, como vuestros hijos, la vida de miseria, pero unos amigos descono-

cidos nos salvaron. Esta semejanza de destinos, este infortunio sobrellevado en el mismo lugar, y en circunstancias casi análogas, deben tener el mismo desenlace. Permitid que nosotros desempeñemos con vos el papel que nuestros bienhechores representaron con nosotros.

Observé que se callaba, como si la contrariasen mis palabras, y dije:

—Señora, aceptad en nombre de mi madre este ofrecimiento fraternal. Soy el más joven de la familia; mi cuna estaba allí, donde la de vuestro hijo enfermo; dejadme que dé un abrazo al pobrecito.

Deposité un beso en la frente del niño, puse junto á él un paquete de mil francos, y salimos rápidamente. No nos limitaremos á esto, y continuaremos la buena acción á la que os asoció con el alma....

Interior llega el momento de estrecharos en nuestras brazos, os enviamos el corazón.

CÁRLOS.

P. S. «Dentro de seis semanas subiremos por el Maroni.»

En el sobre de la carta se leía:

Señor Robin, propietario, en la hacienda la FRANCIA EQUINOCCIAL (Maroni). GUAYANA FRANCESA.

Era el día 12 de Setiembre, y el destinatario de la carta que estaba en su poder hacía un mes, aguardaba de un día para otro á los dos viajeros.

Éstos debían haber llegado ya. Se embarcaron el 6 de Agosto en uno de los magníficos vapores de la Compañía general trasatlántica que hacen con desahogo doce millas por hora (1), y al cabo de catorce días desembarcaron en la Martinica los pasajeros que van á las Guayanas, los cuales toman el barco encargado del servicio intercolonial, llegando en ocho días á Cayena después de rápidas escalas en Sainte-Lucie, Trinidad, Demerara y Surinam.

La travesía del Cayena al Maroni se verifica en el precioso vapor *Dieu-Merci* perteneciente á la Compañía Ceide, ó en goletas llamadas *Tapouyes*, las cuales, mediante el auxilio de la corriente y del viento Noroeste, pueden anclar al cabo de treinta y seis horas frente á San Lorenzo. El *Dieu-Merci* hace tres viajes regulares al mes, y las *Tapouyes* zarpan á voluntad de los fletadores.

Se emplean cuatro días para ir desde San Lorenzo al salto Pater-Sangou, situado á los 56° 15' longitud O., y 5° 15' latitud N. Los dos hombres hubieran podido llegar en treinta días, suponiendo que la travesía se realizase en circunstancias normales, y que sus negocios no les hubieran detenido cuarenta y ocho horas en Cayena.

El 12 de Setiembre eran esperados con impaciencia. Los lectores que hayan tenido la bondad de interesarse por los *Robinsones de Guayana* y de seguirles á través de los dramáticos sucesos contenidos en el relato titulado el *Secreto del oro*, no habrán olvidado al proscrito Robin y á su intrépida familia. Ha transcurrido un nuevo período de diez años desde que el preso político supo que era libre

(1) La milla marítima equivale á 1.852 metros. La velocidad de doce millas por hora es, por consiguiente, de 21.24.

al tiempo de perder á su antiguo amigo, á su salvador, al negro Casimiro, asesinado por el infame Benedicto. Aquella segunda fase de la existencia de los franceses del Ecuador, dedicada al estudio y al trabajo, ha sido felicísima. El ingeniero no ha enve-

jecido. Es el mismo atleta de músculos de hierro, de rostro altivo y simpático, mirada investigadora y sonrisa apacible. Tiene cincuenta y cinco años; pero aparenta contar diez ménos, á pesar de sus cabellos blancos como la nieve. Su heroica compañera es



Travesía del Cayena al Maroni.

siempre la misma, con su fina y delicada palidez de parisiense y su dulce fisonomía de madre feliz y esposa afectuosísima. Los años se han deslizado sobre su organismo débil, al parecer, pero dotado de una resistencia invencible, gracias á un alma templada como el acero más puro. Sus hijos son ya hombres formales, y parecen tres reproducciones de la estatueta del padre cuando tenía su edad. Uno sólo falta, Carlos, el más jóven. Hace diez meses que ha partido con Nicolas. Se encuentran en Paris por las razones que luégo explicarémos.

Por vigésima vez leían los Robinsones la carta del jóven, que un trasportado residente en San Lorenzo llevó con gran prisa, tan pronto como el *Maroni-Packet*, llegado á Surinam, la entregó al comisario holandés de Albina.

Enrique habia dicho:

— ¿Por qué no salimos á su encuentro?

(Se continuará.)

EL BANDOLERO, Ó UNA BODA EN LAS MONTAÑAS,

POR EL CAPITAN

MAYNE-REID.

Aparte de la ira pastoral producida por tan desagradable sorpresa, no me he sentido en mi vida más tranquilo, es decir, para latirme.

Las fuertes sacudidas que habian experimentado mis nervios una hora ántes, habian servido para fortificarlos. Verdaderamente, hasta necesitaba encontrar algo con que desahogar mi rabia, y en fin, habia una ocasion preciosa. Dios ó el diablo parecian haberme enviado los tres ladrones como pasto para alimentar mi despecho, especie de blanco donde dirigir mis tiros.

Firmemente crea yo en aquel momento la cosa más fácil del mundo hacer desaparecer aquellos tres hombres, y lo único que me detuvo fué la eleccion de mi primer victima.

Podeis dudar, si queréis, de la verdad de esta escena; pero puedo asegurar que no es una mera invencion de mi fantasia, sino un hecho real y positivo, y lo mismo los pensamientos que se unian á ella.

Permaneci algunos segundos mirando mis enemigos sin acabar de decidir dónde dirigiria mi primer tiro. Ya tenia el dedo en el gatillo; pero ántes de apretarle, se me ocurrió una idea que me hizo desistir de mi propósito.

Era todavia muy temprano, poco más de las diez, y las calles estaban llenas de gente. Habia encontrado varios hombres al entrar en aquella calle, y aún desde el sitio en que estaba podia distinguir lo ménos media docena de personas vagando por los alrededores de las casas; eran todas lo peor de la peor clase. El tiro de mi pistola los hubiera detenido, y aun cuando me librase de los tres ladrones, estaba en mayor peligro entre los patriotas.

Ahora es cuando yo comprendi lo peligroso de la situacion en que mi imprudente paseo me habia colocado.

Viendo que los ladrones parecian desistir de su propósito, y procuraban apartarse de mi pistola lo mejor que podian, pensé que lo más sabio y prudente era dejarlos ir. Esta idea, que entonces me pareció excelente, me hizo contentarme con recoger mi abrigo, que en la pelea se habia escapado de mis hombros, y una vez recobrado, emprendi otra vez mi camino. No habia aún dado seis pasos, cuando me convencí de mi error, y vi con pena que hubiera sido mil veces más acertado matar á los tres ladrones. Si hubiera hecho esto, hubiera podido muy bien escaparme sin que me vieran. Dejándolos escapar, les habia dado la oportunidad de volver con más refuerzo, y con diferentes pretensiones que las que intentaron en su anterior profesion. Al correr por la calle huyendo de los tiros de mi pistola, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, y sus gritos fueron contestados por

unas veinte voces ó más. Antes que yo pudiera explicarme lo que aquello significaba, me vi rodeado de todos ellos, y nada bueno podia prometerme de la actitud que presentaban respecto á mí.

¿Eran todos ladrones asociados á los tres primeros?

¿Me habria yo metido en una de esas horribles calles completamente abandonadas á las partidas de bandidos que allí tanto abundan, y que desgraciadamente se encuentran también en las ciudades de Europa, donde los guardias y serenos no se atreven siquiera á osomar la cabeza?

Esta fué mi primera impresion, al ver las furiosas miradas y la actitud hostil de todos los que me rodeaban; cambié de opinion al oír sus voces gritar á mi oído desahondadamente: «¡Dios y libertad! ¡Muera el americano!»

Los tres ladrones venian ahora disfrazados de patriotas. Habian visto mi uniforme al caerse mi abrigo, y bajo el pretexto del amor patrio, querian ahora vengarse de su primera derrota. Por fortuna yo estaba en un sitio donde habia luz suficiente, gracias á dos faroles casualmente claros, y no muy lejos de mí. Si hubiera estado más oscuro, me podian muy bien haber asesinado ántes que yo pudiese aperibirme, siquiera de la clase de hombre por quien era herido. Aquella luz me favorecia por todos estilos. Por ella podian ver mis enemigos mis manos armadas de pistolas, prontas á descargar sus doce tiros.

Ellos sólo tenían sus cuchillos, de los cuales pude contar muy bien una docena alrededor de mí; pero el primero que intentase herirme, queria sin remision atravesado por una de mis balas. Así lo comprendieron, y guardaron una respetable distancia, formando un semicírculo á mi alrededor, mientras que yo me hacía fuerte apoyado en la puerta de la casa que tenia detras de mí.

Fué una feliz casualidad, puesto que de este modo no podian cogerme por detras, como lo habian hecho ántes.

—¿Qué queréis?—pregunté dirigiéndome á mis antagonistas en su propio idioma, que por fortuna yo hablaba con bastante claridad.

—¡Vuestra vida!—fué la respuesta lacónica que recibí de un hombre de aspecto siniestro.—Vuestra vida, ¡flibustero! y estamos decididos á obtenerla, con que haréis mejor en dejar esas pistolas; si no, ya procuraremos apoderarnos de ellas. Ríndete, yankee, si no quieres que te matemos en el acto.

—Podeis matarme si queréis—dije mirando desahondadamente á la cara de aquel bribon;—pero ántes tendré el placer de mandar delante de mí á este poderoso señor. ¿Lo oís, caballero? El primero que

dé un paso hacia mí me abriré camino de la eternidad; si sois tan valiente, venid el primero.

No pudo explicar lo que sentí en aquella crisis cruel. Sólo recuerdo que estaba tan tranquilo, como si todo hubiese sido pura broma, en vez de una verdadera tragedia, que debía necesariamente terminar en sangre y muerte.

Quizás esta serenidad mía nacía de mi gran desesperación, ó de las ventajas que ofrecía mi posición. Mis palabras y el tono firme y resuelto en que fueron pronunciadas produjeron su efecto entre aquellos bribones. El hombre alto, que parece dirigir á los demás, vió que le había escogido para mi primer bala y se escondió prudentemente entre los demás. Entre sus asociados había, sin embargo, algunos más valientes, y al grito de *¡muera el americano!*, volvió á verse por todas partes estimuladas las pasiones de los patriotas. Cada vez aumentaba más el grupo que me rodeaba, según iban llegando todos los que por allí pasaban. Mis doce tiros empezaban á parecerme muy pocos para defenderme. Imposible escapar.

Una muerte ciega y cruel apareció terrible ante mis ojos. No veía medio de evitada. No se me ocurría la más remota idea de semejante posibilidad.

Lo único que me consolaba era la esperanza de vender mi vida tan cara como me fuese posible. Antes de entregarme habría sacrificado á algunos de mis cobardes asesinos.

Ninguno tenía pistolas ni armas de fuego que yo viese; nada más que sus cuchillos y sus *machetes*. Sólo podían herirme de frente, y antes que llegasen á mí tenía yo tiempo de descargar todos los tiros de mi revólver; por lo menos seis de mis enemigos caían muertos delante de mí.

Yo estaba colocado en una posición magnífica para defenderme. La casa que tenía detrás, y en la cual me había yo hecho fuerte, estaba construida con ladrillos, y sus tapias tenían lo menos tres pies de ancho. La puerta tenía lo menos dos pies de profundidad. Mi espalda, apoyada contra ella, estaba colocada como el tejón en el barril atacado por los perros.

Cuánto tiempo podía conservarla era la gran cuestión.

¿Quién podía saberlo?

Indudablemente dependía del valor de mis enemigos, y del mayor ó menor entusiasmo que sintiesen al oír los gritos repetidos sin cesar de *¡muera el americano!* Ninguno de los que así gritaban se atrevía; sin embargo, tenían el suficiente arrojo para exponerse á la muerte segura que debía encontrar el primero que se acercase.

Obstruyeron por completo la puerta de enfrente, y formando una formidable falange, semejantes á una jauría de furiosos sabuesos al apoderarse del pobre ciervo perseguido, los valientes no se atrevían á dar un paso hacia adelante. Á pesar de la cortidumbre que tenía de presenciarse una terrible tragedia, no podía menos de figurarme á veces que todo ello no era más que una farsa ridícula.

Con tal cuidado procuraban todos apartarse del alcance de mis tiros.

Todavía más burlesco hubiera parecido al espectador el verme caer de espaldas. Me levante en el acto.

No estaba herido; no había recibido bala ninguna que me hiciese caer, pero simplemente había abierto la puerta en que yo me apoyaba.

Alguno había levantado el picaporte sin yo sentirlo, y al separar la madera, me había naturalmente fallado el punto de apoyo y había caído.

CAPÍTULO X.

LA CALLE DE LOS PAJARITOS.

En el momento de caer tropecé con las piernas de un hombre; pararon el golpe, que de otro modo hubiese podido haber sido muy fuerte, puesto que el suelo era de piedras agudas. No perdí tiempo en levantarme; antes de conseguirlo, todos aquellos hombres aprovecharon la ocasión para acercarse á mí, y el que tenía detrás saltaba por cima de mi cuerpo, y aparecía entre mis enemigos.

Mi primer idea fué que había saltado dentro de la tapia para impedir que yo me escapase por allí, porque yo le suponía también mi enemigo.

¿Cómo podía yo esperar un protector á un amigo en aquel sitio?

Esto no mejoraba mi situación en lo más mínimo. Siempre había yo creído imposible una retirada por aquella puerta.

En aquel momento, sin embargo, me ofrecía una buena ocasión de escaparme.

¿Hubría otra puerta en aquella casa, ó alguna salida por la azotea?

Mis reflexiones fueron tan rápidas como el pensamiento; pero mientras las hacía perdieron parte de su importancia. El hombre permanecía delante de mí, volviéndome la espalda y de frente á mis enemigos.

Los gritos no cesaban un momento, y algunos se hubiesen acercado á mí si hubieran seguido sus propias inclinaciones.

Pero hubo algo que se lo impidió.

El hombre que abrió la puerta con la intención, tal vez, de admitir dentro de ella al huésped más inoportuno que jamás había entrado en aquella casa, no parecía muy bien preparado para ejercer los sagrados deberes de la hospitalidad. Al colocarse delante de mí, tuve ocasión de ver la brillante hoja de su espada al mandar retirarse á los grupos que me rodeaban.

La orden, dada con voz firme y resuelta, fué acompañada de una magnífica hoja de Toledo, cuyos movimientos producían una brillante luz, que al pálido resplandor de los tristes faroles parecía aún más fantástica y amenazadora.

Hubo un momento, durante el cual no vi absolutamente nada. Él mismo rompió el silencio, que siguió á su primer saludo.

— ¡Leperos! — gritó con un tono de superioridad. — ¿Qué significa este alboroto? ¿Qué es lo que queréis?

— ¡Es un enemigo! ¡un yankee!

— Sepongo que son palabras sinónimas. Creo, en

efecto que tenéis razón—continuó mirando con más detención mi uniforme.—Pero ¿qué tenemos con eso? ¿Qué ventaja puede obtener el país por la muerte de este pobre diablo?

Estas palabras me indignaron. Reconocí en él que las pronunciaba el hermano y feliz rival de la calle del Obispo. ¿Qué fatalidad tener que deberle protección!

—Dejadles venir—grité desesperado con aquella humillación.—No necesito que me defendáis, caballero, os lo agradezco mucho; pero tengo en mi mano la vida de doce de esos señores. Después de esto, que me maten á mí si quieren. Apartaos y veréis cómo voy diezmando la cobarda canalla. Apartaos, he dicho.

Si no estaba loco, mi protector debió suponerlo así.

—¡Caramba, señor!—respondió sin parecer disgustarse por mi poco agradecimiento.—Creo que no comprendéis todo el peligro que os amenaza; si digo una sola palabra, sois hombre muerto.

—Decidla, capitán—gritó uno de ellos.—Por qué no? El yankee nos ha insultado; castiguémosle aunque sólo sea por esto. ¡Muera, muera el americano!

Mis enemigos, más animados que nunca con estos gritos, se acercaron más á la puerta.

—Atrás, leperos—gritó mi protector.—El primero que pisé el umbral de mi puerta, humilde como es, le atravieso con mi espada.

—Sois muy valientes aquí, en la calle de los Pájaros; pero dudo que ninguno de vosotros se pusiese frente al enemigo en Veracruz ó en Cerró Fordo.

—Os equivocáis, capitán Moreno—respondió un hombre alto y moreno que estaba al frente de ellos, y en el que reconocí al jefe de los tres primeros que me atacaron.—Aquí tenéis uno que ha estado en las dos batallas que acabáis de citar, y que no ha salido de ellas como vos prisionero bajo palabra.

—¡El capitán Carrasco si no me engaña!—respondió mi protector.—Creo firmemente que nunca seréis prisionero de ninguna clase; estoy seguro que tendréis buena cuidado de no esperar el momento de entregarse.

Aquí el señor Carrasco soltó una enérgica y no muy delicada interjección, y pálido de ira, añadió:

—¡Lo creéis así! ¿Lo habéis oído, camaradas? El capitán Moreno piensa, no solamente constituirse en juez nuestro, sino en defensor de nuestros invasores. ¿Y hemos de someternos á sus bellas y patrióticas inclinaciones? ¿nosotros desinstalarnos de la Puebla? No, mil veces no. ¡Muera el americano! Que nos entregue el yankee.

—Tomadle vosotros si podéis—respondió Moreno—pero en la punta de mi espada.

—Y en el cañón de mi pistola—añadió yo, poniéndome al lado de mi generoso defensor, decidido á guardar con él la entrada de su casa.

Esta resistencia inesperada produjo un cambio en la actitud de Carrasco y de sus cobardes socios. Aun cuando procuraron disimularlo con un grito de rabia, era evidente que su valor había disminuido notablemente.

Todos permanecían silenciosos. Parecían conocer

el temple de mi protector y el filo de su espada, y esto sin duda los detuvo por el momento. Pero el verdadero secreto de su indecisión eran los doce tiros que yo les preparaba. Los mejicanos habían ya comprendido el carácter y la utilidad de nuestras pistolas, usadas por primera vez en aquella campaña. Su poder destructivo, diez veces ponderado, les inspiraba, como á los indios, un temor casi sobrenatural. A esto sin duda debí aquella noche mi salvación. Por muy valiente que fuese mi protector y muy cortante que fuese su espada, por más ligereza que yo emplease en disponer mis doce tiros, ¿qué era todo esto contra una multitud de hombres furiosos que aumentaba á cada momento? Teníamos necesariamente que sucumbir.

Parece raro hablar de sentimientos en crisis como las que yo atravesaba. Apenas puede creerse que existan; y sin embargo, bajo palabra de honor, puedo asegurar que me sentí dominado por uno que escasamente podré decir si era de profunda gratitud hacia Francisco Moreno primero, hacia Dios después por haber creado un sér tan sublime. El pensamiento que siguió fué una consecuencia natural de estos. Comprendí que debía procurar salvar al que tan generosamente se exponía por mí. Ha á suplicarle que se apartase y me dejase entregado á mi suerte. ¿Á qué morir los dos? porque yo creía verdaderamente que no podríamos menos de morir.

No pude realizar mi propósito, aunque no fué seguramente por falta de valor. Una causa muy diferente me hizo callar, mientras que todos permanecieron silenciosos: se oyó un cierto sonido que prolongó el silencio algunos segundos más. No cabía duda acerca de la clase de ruido, que no podía confundirse con ningún otro. Cualquiera que haya presenciado una vez siquiera el espectáculo de una compañía de soldados á caballo pasando por una calle empedrada, reconocerá fácilmente el ruido que produce y que se distingue de cualquier otro. El continuo choque de las fuertes herraduras, los collares de los buecos mezclados con los relinchos, y las vainas de las espadas chocando con las espuelas y los estribos. Todos estos ruidos fueron reconocidos por mí y por todos los que estaban en la calle de los Pájaros.

—¡La guardia! ¡La patrulla americana!—exclamaron por todas partes.

Mi corazón saltó de alegría, y pensé correr, creyendo que entre mis enemigos me abriría paso. Nada de eso; permanecieron firmes y unidos como una fuerte muralla, manteniendo su semicírculo alrededor de la puerta. Evidentemente resueltos á conservar su puesto, no hicieron el menor ruido; solamente mostraban sus cuchillos y machetes en silencio. Comprendí su designio. La patrulla iba pasando por una de las calles principales. Sabían que al menor ruido acudirían á la callecita donde nosotros estábamos. Callando por espacio de algunos segundos, podrían después continuar su ataque, y entonces no habría remedio; me sacrificarían si podían. ¿Qué sé podían hacer? ¿Hacer fuego, empezar la batalla, y llamar de este modo la patrulla? Tal vez llegasen demasiado tarde; quizá sólo pudieran servir para re-

coger mi cuerpo y llevarle al cuartel. Tenía miedo de empezar el ataque. ¿No habría otro recurso para advertir á mis compañeros? ¡Oh Dios! El ruido de las pisadas de los caballos iba gradualmente desapareciendo. Ya no se oían los bocados, ni las espuelas, ni los estribos, ni las vainas de las espadas. Habían pasado la esquima de nuestra calle. Dos segundos más y ya no podrían oírnos.

¡Oh, pensamiento feliz! Aquella noche la patrulla se componía de soldados de mi regimiento. Mi primer sargento debía estar á su cabeza. Entre él y yo había establecidas varias señales aparte de las de la corneta. Por suerte tenía en el bolsillo el pito, con el cual podía avisarle, y que más de una vez durante la guerra me había hecho grandes servicios. Un instante después su agudo eco sonaba por la calle, y podía oírse casi por toda la ciudad de los Ángeles. Si el diablo mismo hubiese hecho esta señal no hubiese paralizado más á nuestros enemigos. Se quedaron mudos y extáticos. Pero sólo un momento permanecieron así. Después, como si un terror salvaje se hubiese apoderado de todos, bandidos y patriotas echaron á correr.

En el lugar que ellos habían ocupado tuve el placer de ver cuarenta caballos montados por otros tantos jinetes, cuyo uniforme verde reconocí con alegría.

Con un grito de alegría salí á recibirlos. Después de un intermedio de confusas congratulaciones, me volví á dar gracias á Francisco Moreno. Mi gratitud sufrió un amargo desengaño. Aquél que también la merecía había desaparecido. La puerta, en la que tan afortunadamente había yo caído, se había cerrado detras de mi generoso protector.

CAPÍTULO XI.

LOS SOMBREROS ENCARNADOS.

Poco más de un mes después de los acontecimientos que acabo de referir, el ejército invasor tenía que sufrir una reclusión completa dentro de sus cuarteles, que no eran en verdad ni muy limpios, ni muy cómodos.

Habría sido mucho mejor el sistema de alojamiento, por las muchas casas de gente rica del país. Pero esto era irrealizable. No podíamos repartir así nuestra escasa fuerza sin exponernos á grandes peligros. Nuestro general en jefe tuvo el buen sentido de comprenderlo así, y contra las murmuraciones de oficiales y soldados, insistió en que se cumpliese en orden de permanecer encerrados en los cuarteles. Esta situación para mí era insostenible. Me dejaba tiempo sobrado para entregarme á mis tristes pensamientos. Una vida activa me hubiera quizá ofrecido más elementos de distracción; pero dentro del cuartel, con la monotonía de ver siempre las mismas caras y escuchar las mismas tonterías, solamente la rutina de este género de vida es ya de por sí una verdadera desgracia.

¿Qué me importaba la hostilidad de los habitantes de la Puebla? ¿Qué era esto para mí comparado con la humillación que había sufrido? Solamente por el

afán de distraerme deseaba salir de mi encierro. La calle del Obispo había perdido su encanto para mí. En cuanto á volver á la de los Pájaros, siento revelar que mi amor propio herido pudo más que mi sentimiento de gratitud. Me sentía más inclinado á huir de mi protector que á buscarle. Pasó un mes, y todo cambió. Las calles de la Puebla quedaron libres otra vez para nosotros, de noche lo mismo que de día. Esto fué debido al refuerzo de cierta brigada del ejército americano, que se nos había unido para avanzar á la capital. Se trancaron los papeles, y ahora los poblancos estaban reducidos á una situación, si no enteramente amistosa, al menos pacífica. Tenían motivo para temerlos; entre las tropas que habían llegado se contaba el regimiento de Texas Rangers (Guardabosques), temidos por todos los mejicanos, seguidos por cientos de hombres igualmente temibles para nuestros enemigos. Y lo que era todavía peor para los ciudadanos de la Puebla, era una partida formal de bandidos que nuestro general escocés, con algún propósito superior á nuestros escasas luces, había incorporado al ejército americano con el título de «Compañía de observación», cuyo nombre fué debido sin duda á la clase de servicio á que los dedicaba. Estaban á las órdenes de un capitán, á quien generalmente se llamaba coronel Dominguez, que había sido oficial del ejército de Santa Ana, y que por espacio de muchos años había permanecido en las montañas de Patoté y en el *mal país* de El Piñol, siendo el terror de los viajeros que no eran bastante ricos para pagar una escolta al gobierno. Eran verdaderos ladrones de camino, montados en caballos propios, y armados con carabinas, pistolas, lanzas y largas espadas.

Se vestían de varios modos. Pero generalmente usaban el pintoresco traje de *rancheros*, compuesto de chaqueta, pantalón y sombrero redondo, con botas, espuelas, fajas, cordones y borlas. En los hombres de alguno se veía el rico *serapé*, y no pocos se cubrían con la magnífica *malaga*.

Al unirse á nosotros eran ciento veinte con sus respectivos oficiales, un capitán y dos tenientes, con sus correspondientes cabos y sargentos. Se parecían y confundían de tal modo con los guerrilleros del enemigo, que para evitar que nuestros soldados los hiriesen equivocadamente, se les había obligado á usar un distintivo. Consistía en un galón encarnado en sus sombreros, cuyas puntas caían sobre sus hombros. De resultas de esta particularidad, nuestros soldados empezaron á llamarlos *sombreros encarnados*, cuya frase solía adornarse con un fuerte epíteto. Sin leyes en su propio país, quedaron sujetos á las nuestras, y no es preciso añadir que los sombreros encarnados eran un objeto de terror en enérgica frente donde dejaban ver sus no muy risueñas fisonomías. En ninguna parte eran tan temidos como en la Puebla, donde habían venido, por lo ménos, la mitad de ellos, y tarde ó temprano todos encontraron refugio dentro de sus cárceles.

Ahora venían bajo la protección del águila americana, y era una oportunidad para los sombreros encarnados, de arreglar sus muertes con los alcaldes,

los regidores y otros señores, y no se desconfiaron en aprovecharla.

La consecuencia fué que los poblanos dejaron á un lado su aire amenazador, y se contentaban con que los dejásemos pasar tranquilamente por la calle.

Yo era uno de los muchos oficiales del ejército

americano que estaba disgustado con la sociedad de los salteadores, idea rara de nuestro jefe, que se hizo despues célebre como héroe de una corrida de toros. Enorgullecido con el concepto elevado que de sus omisiones estratégicas habia formado, la idea de la compañía de observacion fué una de las cosas que



Los sombreros encatados.

más le enorgullecía, mientras que nosotros lo considerábamos como el más perfecto desatino. Aún podia esto haber tenido alguna disculpa si hubiese sido absolutamente preciso. Pero no habia semejante precisión. En un país donde reinaba la más completa anarquía y donde nosotros éramos los invasores, nos hubiese sido muy fácil encontrar toda clase de espías si se unian á una partida de asesinos. No se puede negar que Domínguez y los suyos nos hicieron muy buenos servicios. Fieles á nuestra causa, llegaron á ser una necesidad de su existencia. Sin leyes ántes, ahora doblemente odiados por su traición, sus paisanos les tenían guerra declarada, y en cualquier ocasion que

podian cogerlos fuera de nuestras filas tenían la seguridad de encontrar su muerte. En las varias escaramuzas en que se encontraron frente á sus guerrilleros, se batieron como tigres, sabiendo bien que si eran cogidos prisioneros no tenían que esperar piedad de sus compatriotas.

Por su parte, procuraban tambien hacerles todo el daño que podian, y llegaron á tomarse tantas y tales libertades en este terreno, que fué preciso darles órdenes severas para que no se metieran en castigar á nadie por su propia cuenta y riesgo. Cuando se necesitaban sus servicios, debian cumplirlos á la vista de uno de nuestros oficiales, con soldados american-

nos intercalados en sus filas. Pero el temor que siempre habían inspirado continuó hasta el fin de la campaña, y la sola vista de su sombrero encarnado, mirado por la calle, era lo bastante para asustar á las mujeres y hacer correr los chicos gritando dentro de sus casas. En ninguna parte eran nuestros aliados tan temidos y detestados como en la ciudad de la Puebla. Séase por el gran parecido que tenían con la mayor parte de sus habitantes y la fuerte antipatía producida por este parecido, sease por sus antiguas hostilidades, y quizá también por haberles permitido allí más que en otra parte ejercer sus buenos oficios. Había una especie de consentimiento tácito en las malas jugadas que les hacían á los poblanos, como castigo á los últimos de lo mucho que nos habían mortificado.

Esto sólo duró algún corto tiempo; porque cuando las cosas empezaron á ir demasiado léjos, la buena y antigua moralidad inculcada en nuestros soldados, los sombreros encarnados tuvieron que cambiar de conducta para con sus paisanos.

CAPÍTULO XII.

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO.

Ahora que sus calles no estaban obstruidas por el temor de ser robados ó asesinados, teníamos una oportunidad de explorar la ciudad de los Ángeles. Nos pareció una ciudad antigua bastante bonita, con su gran catedral, la cual, según una leyenda religiosa del país, está construída por verdaderos ángeles; era como las muchas capillas y parroquias; suscientos de macizas y estrechas casas de piedra y sus techos de pequeñas casitas de ladrillo. Salimos de estos edificios, descubrimos calles enteras, cuyas casas humildes presentaban un aspecto de completas ruinas, mezcladas con hierbas, como hiedra y otras plantas trepadoras, que crecían con profusión sobre aquel lado, formado por pequeños pedazos de tapiques, puertas, tejados, etc. La Puebla era la tercera ciudad de Anapua en aquella época. Me distraía pensando por aquellas calles; pero había una por la cual no pasaba nunca, la calle del Obispo. La evitaba con el mismo temor que si estuviere invadida por una epidemia. Por más que supiese que había en ella *algo muy bueno*, lo mejor que yo había visto en la ciudad de la Puebla. Esto precisamente me hacía evitar pasar por ella. Desde el momento en que había perdido toda esperanza de poseer el corazón de Mercedes Villa-Señor, seguí el consejo de un amigo más prudente que yo, al cual había comunicado la historia de mi desengaño. El único remedio que me daba era olvidarla... si podía.

—No vayáis cerca de ella, no la veáis bajo ningún pretexto —eran las palabras de mi sabio consejero. — Es el mejor plan que se puede seguir cuando se tiene una pasión como la vuestra concebida tan repentinamente, y quizás fundada sólo en una pasión equivocada. Tal vez no sea tan perfecta como suponéis. No habéis tenido casi tiempo de mirarla bien. Las bellezas más sublimes en el balcón suelen ser á veces hasta feas cuando las veis en la calle. De fijo esa señorita, siempre tan encerrada en su cas-

sa, será enteramente otra vista de cerca. Es sólo cuestión de imaginación.

—No hay imaginación capaz de crear semejante figura, semejante cara, semejante....

—¡Tales tonterías! Vaya, vaya, no os entusiasmeis con toda esa novela. Estoy seguro de que si pudieseis verla á dos varas de distancia, y á la clara luz del sol, os quedaríais completamente desencantado.

Seguíd mi consejo —continuó mi mentor, gran entusiasta de las rubias.

No la volváis á ver. Si resultase ser una vulgaridad os cansaría un verdadero pesar este descubrimiento. Y si es un verdadero ángel como creéis, es mucho mejor que no la veáis más que en el cielo. Por lo que me habeis contado debe estar arreglada con ese jóven capitán, ó por lo ménos trata de volverle loco, cosa muy común en las señoritas de esta ciudad. En cualquiera de los dos casos, no tenéis esperanza ninguna. No penséis más en ella. Esto es muy fácil. No creo, sin embargo, que haya el menor peligro en que la veáis, puesto que con la sociedad de esos de sombreros encarnados, ántes de un mes habrémos emprendido la marcha hácia las puertas de Moctezuma, y allí, ó recibiréis una bala en vuestro pecho, ó una nueva herida en vuestro corazón producida por un par de ojos, quizás tan brillantes como los de la hija de don Eusebio Villa-Señor.

La palabra *vajamas* iba á salir de mis labios: la idea al ménos estaba fija en mi pensamiento, pero no llegué á pronunciarla, porque comprendí que mi amigo se hubiera burlado de mí.—Un clavo saca otro clavo — continuó.— Es un proverbio español que conviene perfectamente á nuestro sexo. ¡Ah! ellos entienden muy bien las mil complicaciones y misterios del amor. Estos mismos españoles entendían este difícil problema hace un siglo, mientras que nosotros, inocentes sajones, lo conocíamos únicamente por instinto. Sin duda que la señorita Mercedes conoce el proverbio, y hasta lo habrá practicado varias veces. Seguíd, pues, mi consejo y haced lo mismo; tomad al pié de la letra las susodichas palabras de *Un clavo saca otro clavo*.

—Todo eso os parece muy sencillo, porque no tenéis ningún amor que olvidar; pero no es tan fácil para mí como creéis.

—¡Bah, y bien fácil! Mirad á vuestro alrededor; de fijo encontraréis infinidad de mujeres hermosas, y según vuestra fantasía, morenas con pelo y ojos negros. Id por las calles, al paseo, á la iglesia, á cualquiera parte, ménos á la calle del Obispo.

(Se continuará.)

EL SARGENTO FEDERICO

(HISTORIA DE UN FRANCÉS EXPULSADO POR LOS ALEMANES),

POR ERCKMANN-CHATRIAN.

TRADUCCION CASTELLANA DE FERNANDO GARRIDO.

Después, volviéndose á reír, contaba aquel caballero todo lo que había visto y sabido: lo mismo exactamente que el capitán Rondeau había atribuido á los prusianos que entraban en Francia disfrazados de loñadores, y añadía que estábamos preparados y que sólo se aguardaba una ocasión para apoderarnos de la orilla izquierda del Rin.

Al oír esto mis guardas de montes, que se calentaban á la chimenea, se pusieron á bailar de gusto, como si su fortuna fuera cosa hecha; pero en seguida se cerró la puerta, y ya no oímos nada.

Entonces yo me salí á tomar el aire porque me disgustaba la estupidez del grandullón de Kerus, de Trompeta y de los otros.

Hacia mucho frío y la luna nos miraba por entre las altas copas de los viejos pinos.

—¿Qué tenéis?—me preguntó Merlin, que me había seguido.—Estáis pálido.... ¿Estáis malo?

—Sí, la estupidez de Trompeta y de los otros me trastorna—le respondí;—quisiera saber por qué se alegran tanto. Y vos también, Merlin, me alegráis. ¿Cómo podéis encontrar bien eso de invadir el territorio de nuestros vecinos, de robarles el vino, el trigo, el heno y la paja á esa pobre gente que no nos hace ningún mal?.... ¿os parece bien apoderarse de un país y hacerlo francés á pesar suyo? ¿Os parece eso bien ó lo tomáis como cosa de juego?.... ¿Quisierais que los alemanes vinieran para obligarnos á ser prusianos en lugar de franceses que lubéis nacido? ¿Qué ganaríamos con tal iniquidad? ¿Acaso nos enriquecería el exterminar á nuestros vecinos? ¿Podría nuestra conciencia permanecer tranquila y satisfecha? Pues bien, yo no quisiera, por honor de nuestra patria, ni un céntimo, ni un palmo de tierra mal adquirido. Yo no quiero creer en lo que desea ese señor. Si es verdad, tanto peor; aunque fuéramos los más fuertes, los alemanes no pensarían más que en vengarse y en reintegrarse en sus derechos, transmitiendo á sus hijos su odio contra Francia, de generación en generación. Sólo gentes sin corazón ni sentimientos, jugadores, que estúpidamente se imaginan que han de ganar siempre pueden lanzarse á tan criminales empresas, y ya sabemos que los jugadores acaban siempre por morir en un esterrolero.

—Tío Federico—me dijo Merlin—no os enfadéis conmigo; nunca había pensado en nada de eso; pero ahora estáis muy encolerizado para entrar en la cocina.

—Tienes razón, mejor es dormir que beberanis, y hay donde acostarse en la granja.

Así lo hicimos, y al salir el nuevo día, nos volvimos para casa.

—No te digo, querido Jorge, ni una palabra que no sea la pura verdad; siempre levanté á la justicia por encima de todo, y hasta en el momento mismo en que perdía lo que más amaba, he dicho lo mismo. Más quiero en medio de la miseria verme privado del fruto de treinta años de trabajo, que haber perdido el amor á la justicia.

CAPÍTULO VI.

Pasó aquel invierno como todas, con lluvia, nieve, y huracanes que silbaban entre las ramas deshojadas de los árboles, arrancando pinos; precipitando rocas de las alturas y cubriendo de tierra los caminos al pie de las colinas; reproduciendo cuanto había visto en veinticinco inviernos precedentes, hasta que, poco á poco, apareció la primavera, volvió el ganado á bajar á beber al río, Cedus, á cantar y á hacer dar chasquidos á su látigo; y el látigo á encaramarse en las bardas del corral sacudiendo las alas y haciendo la rueda sus gallinas, y los ecos del valle repitieron sus chillones cacareos.

Qué encanto tiene para mí el recuerdo de todas esas cosas que entonces me parecían indiferentes, cuando en esta triste guardilla me vienen á la memoria.

Aquella fué la última primavera que pasamos en la casita del bosque.

Todas las mañanas bajaba María Rosa á la huerta con su cesta y el viejo cochillo para recoger las primeras legumbres, enderezando al paso las empalizadas de los senderos y entrelazando en sus viritas los tallos de las enredaderas. Desde lejos veía yo también á Juan Merlin, apretando el paso en el sendero del valle bajo los viejos sauces, y le oía gritar:

—¡María Rosa!

Y María Rosa se levantaba y corría á su encuentro; dábanse un abrazo y volvían contentos, y yo, que también lo estaba, me decía:

—¡Cuánto se quieren estos buenos chicos!

La abuela Ana, retenida en su cuarto por los achaques de la vejez, miraba también por la ventana rodeada de hiedra, satisfecha y risueña, y me gritaba:

—¡Federico!

—¿Qué hay, abuela?

—¿Qué ha de haber? Que me vuelvo joven como cuando me casé, que fué el año del cometa que produjo tan buen vino, antes del rudó invierno de 1812,

tan frío que se helaron en Rusia todos nuestros soldados.

— Es verdad, abuela.

Á la pobre anciana le gustaba mucho recordar aquellas viejas historias, y estábamos bien ajenos de que pronto veríamos reproducirse catástrofes semejantes á las de la campaña de 1812.

Los pobres de Phalsbourg, como el tío Maigret, el viejo Parulis y el abuelo Lafongère, soldados del

Imperio, sin más medios de existencia que la bolsa de los pobres y su medalla de Santa Elena, empezaban á venir al bosque en busca de setas, fresas y moras para venderlas en la ciudad á diez céntimos el litro y las setas á treinta la canastilla. También á orillas del riachuelo recogían berros y otras hierbas para ensalada. ¡Cuántas veces aquellos pobres ancianos tenían que doblar el espinazo para ganar un céntimo!



La abuela Ana miraba también por la ventana.

Sin embargo, todos los años recibíamos órdenes severísimas para impedir que recogieran las hojas secas y las ramas muertas, con que los pobres calentaban su helado hogar.

La primavera y el verano fueron muy secos aquel año. Hasta Junio no se acabó la siega del trigo y se temía la pérdida de las patatas.

En cuanto al plebiscito, mala te diré de él, porque á los guarda-bosques nos importaba poco. Una mañana recibimos orden de ir la Petite Pierre, y toda la brigada, vestida de gala, fué á votar un *Si* como nos lo habian mandado.

Después entramos en la posada de los *Tres Pichones*, bebimos á la salud del Emperador, y luego cada cual se fué á su casa sin saber de qué se trataba ni volver á pensar en ello, porque á la gente, en toda la comarca, sólo le preocupaba la falta de lluvia; pero en el fondo del valle el tiempo seco era el mejor, porque no impedía el crecimiento de la hierba, y todos los pájaros de la Alsacia, desde el mirlo al gorrión, acudían á las húmedas bondonadas, con lo cual los campesinos hacían su negocio. Lo mismo digo de la pesca; porque cuando están bajas las aguas, las truchas remontan la corriente hasta las fuentes

vivas, donde se las coge con la mano bajo las rocas, y ya puedes suponer si faltarian pescadores.

Nunca tuvo María Rosa que hacer tantas tortillas ni frituras como entonces. Todo lo vigilaba y á todo acudia sin dejar por eso de responder á los cumplimientos que le dirigian con motivo de su próximo casamiento. Estaba fresca como una rosa.

Á Juan Merlín se le encandilaban los ojos de gusto mirándola, y á mí se me caía la baba como á un tonto.

¿Quién se hubiera imaginado entonces que estábamos en vísperas de guerra con los prusianos!

Á todos nos habían hecho creer que el objeto del plebiscito era la conservación de la paz.

Estábamos, pues, muy lejos de pensar en la guerra, cuando una noche de Junio, el judío David, que venia de comprar un ternero en Dusseldorf, me dijo al pasar:

—¿Sabéis la gran noticia, señor Sargento?

—No; ¿de qué se trata?

—Las Gacetas de París dicen que el Emperador quiere declarar la guerra al rey de Prusia.

Apénas podía creerlo. Schatner, el comerciante de maderas que había vuelto hacia pocos días de Sarrebrück, me había contado que allí abujaba heroicamente la tropa de todas armas; que hasta los burgueses estaban armados y habían recibido equipo completo, y que á la primera orden no tendrían más que endosar el uniforme, recibir los cartuchos y subir en un tren para ir en masa sobre nosotros, que no teníamos armamento ni equipo, ni nada, ni en las ciudades ni en las aldeas; de suerte que lo más racional era creer que no se cometeria la locura de declarar la guerra á los alemanes ántes de ponernos en estado de defensa.

Así fue que cuando el judío me dió la gran noticia, me encogí de hombros y le dije:

—¿Acaso te imaginas que el Emperador es un imbécil?

Á lo que él me respondió sin dejar de andar, tirando del cordel con que llevaba amarrado el bueyero.

—Esperad, esperad..... que ya veréis..... la guerra no durará mucho tiempo.....

Tan incrédulo me dejó el judío, que por la noche, cuando llegó Juan á casa como acostumbraba, no se me ocurrió decirle nada; pero desgraciadamente á los pocos días se confirmó la noticia, agravada con las hostilidades de los bávaros, que, según se decía, habían cortado los hilos telegráficos de la Alsacia, y que tropas numerosas pasaban por Saverne mientras otras acompañan en Nijelderbrons.

De repente corrió el rumor de que ya se batian por el lado Wissembourg, y la noche de aquel mismo día los habitantes de Neuwilliers, huyendo con sus carros cargados hacia Lutzelstein, nos contaban que muchos de nuestros batallones habían sido retrozados muriendo en la acción el general que mandaba la vanguardia; que Wissembourg y que nuestras tropas se retiraban hacia Bitche. Aquella gente parecía anonadada, y en lugar de continuar su camino hasta Petite Pierre, temiendo no estar tampoco seguros, em-

pezaron á tropar la cuesta del Felsberg para refugiarse en Strasburgo.

La aflicción que se apoderó de nosotros es indecible. Merlín y su madre acudieron á saber las malas noticias, y la pobre mujer gemitía; pero yo, sacando fuerzas de flaqueza, decía que no había que desesperar; que los alemanes no se atreverían á penetrar en nuestros bosques, cuyas encrucijadas desconocian, y otras cosas por el estilo, que no me impedían estar muy inquieto, porque no podía desechiar de la mente lo que un año ántes nos había dicho el capitán Boudin á propósito de los leñadores, que él había hecho inútilmente arrestar en Lutzelburgo. Además me humillaba el que los húngaros y los bávaros hubieran derrotado á los franceses en el primer combate; pues aunque eran diez contra uno, mi pena no era menor.

Aquella fué nuestra primera mala noche: no pude dormir, y María Rosa la pasó levantándose y abriendo la ventana muchas veces para escuchar; más todo parecia tranquilo y sólo se oía á lo largo del riachuelo el canto de las ranas y alguna que otra cigarra; pero la agitación me impedía dormir. Las cuatro serian cuando vi los ladridos de fagot y los golpes que daban en la puerta, é inmediatamente bajé á ver quién era, y me encontré con el hijo de Klein-Nickel, de la Petite Pierre, que me traía una orden apremiante de Mr. Laroche para que fuese á verle en seguida.

María Rosa había bajado detras de mí, y yo tomé apresuradamente un bocado, empué el morral, tomé el fusil, eché á andar, y á las siete me hallaba en casa de Mr. Laroche, al que encontré aserbiendo, y que al verme exclamó:

—¿Ah! ¿sois vos, Federico? sentaos. Las noticias son malas. Ya sabéis que la division destacada cerca de Wissembourg ha tenido un mal encuentro.

—Sí, señor, lo sé.

—Se han dejado sorprender—añadió;—pero esto no es nada y no volverá á pasar.

Monsieur Laroche parecia tranquilo como de costumbre, y dijo para consolarse, que en todas las guerras había altos y bajos, que un primer combate desgraciado no importaba mucho; pero que convenia tomar precauciones por si ocurrían sucesos más graves de improvviso, y que se trataba de reunir los hombres de mi brigada, y los que empleábamos en los cambios de los bosques para que estuvieran prontos á acudir con sus palas y sus hachas al primer aviso, por si convenia hacer saltar las rocas y cortar los caminos con trincheras.

—Ya comprendéis, tío Federico—dijo notando mi turbacion—que éstas no son más que medidas previas, que nada nos amenaza, porque el Mariscal Mac-Mahon concentra sus fuerzas cerca de Haguenau. Todo está en movimiento y no hay ningún peligro inmediato, pero debemos estar prevenidos por lo que pueda ocurrir.

Cuando todo está dispuesto, se obra con rapidez y seguridad. El general Tsailly puede mandarme de un momento á otro que intercepte los caminos, y la medida no será eficaz si no se realiza en algunas horas.

— El trabajo no será largo, señor Inspector—le respondi— porque las rocas abundan y penden sobre los caminos, y al caer todo lo arrastrarán hasta el fondo de los valles.

— Muy bien — me respondió; — pero es preciso estar preparados; la pólvora para las minas no nos fal-

ta, y si la órden llega y todos mis compañeros toman las mismas medidas, bastará un día para que desde Bitche à Dabo se intercepte el paso de manera que ni un cañon, ni una caja de municiones puedan pasar de Alsacia à Lorena.

Esto me dijo el buen señor, acompañándome hasta



Es el estruendo del cañon.

la puerta y dándome un cordial apretón de mano.

Cuando salía del pueblo, preocupado como puedes suponer, vi en las alturas de Altemberg algunos soldados levantando una línea de empalizada, á lo largo de la cuesta. En el arrabal reinaba la mayor confusion y la gente corria de una à otra casa à saber noticias, y à la salida vi dos ó tres compañías de infanteria, acampadas en unos banales de patatas.

Todo aquel dia y los siguientes los pasé transmitiendo las órdenes del Inspector, desde Frohmühle à Echbourg, de Echbourg à Hangeviller, à Gaüfthal, à Metting, etc., diciendo à cada cual lo que debía hacer, dónde deberían reunirse y las rocas que habian de volar.

Al segundo dia por la noche estaba tan fatigado que no pude ni aun comer, ni siquiera dormir durante algunas horas; pero al amanecer, cuando ya estaba profundamente dormido, me despertó María Rosa, y abriendo la ventana por la parte que mira à Dosenheim, me dijo con voz temblorosa:

—; Padre mio! ¿no oyes ese ruido..... ¿qué es eso? no se oye otra cosa en el valle.....

Yo escuché y no tardé en comprender lo que significaba:

— Es el estruendo del cañon..... se están batiendo à siete ú ocho leguas de aquí, cerca de Woerth..... ¡Debe ser una gran batalla!

María Rosa bajó corriendo..... yo me vestí y bajé

tras ella á la sala donde vi á la abuela, cuya barba temblaba y que me miró con ojos espantados.

—No es nada — lo dije — no tengáis miedo.... Suceda lo que quiera, los alemanes no llegarán hasta aquí, porque nuestros desfiladeros son muy fáciles de defender.

Debo confesarle que no confiaba de mis propias palabras.

Los cañonazos redoblaban, resonando á lo lejos, como los truenos en una tempestad. Por intervalos el ruido disminuía y sólo oíamos el rumor del viento en los árboles, los ladridos de *Ragot* delante de la puerta, ó los gritos de algún pato debajo de las saucos que bordaban el riachuelo, y estas voces de la soledad áun producían un efecto extraordinario pensando en lo que pasaba tras la cortina de los bosques.

Hubiera querido trepar á lo más alto de las rocas para ver al menos lo que pasaba adentro en la llanura; pero como podía llegar de un momento á otro la orden de hacerlas saltar y de cortar árboles para interceptar los caminos, no podía moverme de casa.

Hasta las tres de la tarde duró el rumor de la batalla, y yo me paseaba tratando de aparecer tranquilo para no asustar á las mujeres.

Era el 6 de Agosto, que me pareció muy largo, y hasta ahora, á pesar de las desgracias que han caído sobre nosotros, no lo recuerdo sin que se me oprima el corazón.

Lo más terrible fué el momento en que el ruido cesó completamente. Escuchábamos desde la ventana del huerto; pero sólo oíamos los ruidos campesinos del valle, y al cabo de algunos minutos ya exclamé:

—La batalla ha concluido, y ahora nos oyen y los otros los persiguen; ¡Dios quiera que seamos los vencedores!

Aquella noche á nadie vimos, ni por casa ni en los alrededores. Y después de cenar, pensativos é inquietos, nos acostamos.

El día siguiente fué muy triste, el cielo estaba sombrío, y después de dos meses de sequía, llovió mucho. Las horas pasaron lentamente; pero la orden de comenzar el trabajo para interceptar los desfiladeros no llegaba, y yo me decía:

—Es buena señal.... ¡tanto mejor!.... si hubiéramos perdido, la orden estaría ya aquí; y dirigiéndome á la abuela y á María Rosa les dije, no pudiendo ya contener mi impaciencia:

—Es necesario que vaya á la *Petite Pierre* á saber qué pasa.

Endosé mi gabán de cautchouc y me puse en camino, aunque llovía á mares. En nuestras tierras arenosas el agua se oscurece en lugar de enfangarse, y á las seis de la tarde llegué á *Petite Pierre*, donde encontré todas las puertas cerradas y á los vecinos metidos en sus casas. Y en la punta saliente de la fortaleza, vi á un centinela plantado fuera de su garita.

Llegué á casa del Inspector, que estaba solo, paseándose con la cabeza inclinada y ademanado inquieto, y al verme se detuvo exclamando:

—¡Ah, sois vos, tío Federico! ¿qué, venís á saber noticias y recibir órdenes?

—Sí, señor; —le respondí.

—Pues las noticias son malas; la batalla se ha perdido; abandonamos la Alsacia, y ciento cincuenta mil alemanes avanzan para invadir la Lorena.

Á medida que hablaba, á mí se me helaba la sangre en las venas; y cuando él calló, murmuré estas palabras:

—Todo está dispuesto, señor Inspector; sólo falta repartir la pólvora para hacer saltar las rocas, para lo que esperamos órdenes desde ayer.

Sourriendo con amargura el Inspector, exclamó al oírme:

—Sí.... sí.... nosotros somos así.... el tiempo urge y la retirada continúa por *Bitze* y *Saverne*: el enemigo lanza sus descubiertas en todas direcciones y no llega la orden que esperamos....

El Inspector se sentó, y continuó diciendo:

—No quiero ocultárolo; el general *Failly* me ha respondido que es inútil interceptar los desfiladeros.

Yo estaba inmóvil como si hubiera oído raíces. Él se levantó y volvió á pasearse con las manos en los bolsillos de la levita, y yo le pregunté:

—¿Y qué debemos hacer, señor Inspector?

—Permaneced en vuestro puesto obedientes, y esperad las órdenes.

Yo estaba que me podían ahogar con un cabello; y me dijo, mirándome enterecido:

—Vamos, tío Federico, tened ánimo.... siempre es grato el poder decir, con la mano sobre el corazón: He cumplido mi deber.... No nos queda más recompensa.

—Es verdad, señor Inspector —le respondí; — no nos queda otra cosa, y ésa la conservaremos siempre.

Hizo me la honra de acompañarme hasta la puerta de la calle, y dándome otra vez la mano, exclamó:

—¡Valor!

Descendí rápidamente al valle; la lluvia cubría el estanque, que se agitaba como tembloroso bajo los sucesos y las hierbas medio secas; pero refiriendo las ideas que cruzaban por mi cerebro y las veces que me pasé las manos por la cara para enjugar las lágrimas y el agua que chorreaba, te confieso que me sería imposible.

Ni sabía lo que me pasaba ni me daba cuenta de nada, y no hacía más que repetir en medio de mi turbación:

—No hay órdenes; todo es inútil.... El general dice que no interceptemos los desfiladeros.... ¡Uégo quiere que el enemigo invada el país pasado por ellos.

Yo seguía andando y ya estaba cerrada la noche cuando llegué á casa.

María Rosa me esperaba sentada junto á la mesa, y mirándome inquieta parecía preguntarme:

—¿Qué pasa! ¿Qué órdenes traeis?....

Yo no le respondí, y tirando el gabán, y sacudiendo el kapi exclamé:

—¡Acuéstate, María Rosa! Esta noche no pasará nada; duermes tranquila. El general que manda en *Bitze* no quiere que nos movamos. La batalla se ha perdido; pero se dará otra en Alsacia, junto á *Saver-*

ne, ó más léjos, y los caminos deben quedar abiertos y estarán bien guardados.

Yo no sé lo que ella pensaría; pero al cabo de un momento, viendo que no me sentaba, me dijo:

— He guardado tu cena junto al fuego, y aún está caliente; ¿quieres cenar, padre?

— No tengo gana. Lo mejor es acostarnos, que será tarde.

Yo no podía contenerme: la cólera me ahogaba.

Cerré la puerta, tomé la candileja y subí; María Rosa me siguió y cada uno entró en su alcoba.

Vi á mi hija acostarse, sentado, y con el codo en la mesa, y permaneci largo rato pensativo.

— Federico — decía yo entre mí — hay horros en este mundo que suelen, no ir á la cola, sino á la cabeza, dirigiendo á los otros.



En un torrente de seres humanos.

Á las dos de la madrugada, pensando que era inútil quemar más aceite, me desnué, apagué la lámpara y me metí en la cama.

Pues bien; aquella misma noche, del 7 al 8 de Agosto, los alemanes, lanzando sus avanzadas adelante, reconocieron que los destalladeros estaban libres, y llegaron en grandes masas se apoderaron de ellos, con lo cual cercaron la plaza de Phalsbourg, empezando á bombardearla dos días despues. De este modo penetraron en Lorena por el gran túnel de Homartin, mientras que nuestro ejército se retiraba á marchas forzadas sobre Nancy, y luego hasta Châlons.

Así fué como pudieron reunirse los dos grandes

ejércitos alemanes de Worth y de Forbach, dejándonos como sumergidos y alejados de todo socorro y hasta de toda esperanza.

Fácilmente puedes imaginarte el inmenso ejército del príncipe Federico, compuesto de bávaros, wuertembergueses y badenses, destilando por escuadrones y regimientos á través de nuestro ántes solitario valle. Era un torrente de seres humanos que va siempre adelante, sin interrupcion durante toda una semana; y el cañon que truena en torno de la plaza, y cuyos ecos repiten las viejas rocas del Graufthal, y luego el humo del incendio que oscurece el cielo, formando oscura bóveda encima de nuestros valles.

(Se continuará.)

LA ALHAMBRA.

MUROS DE LA PARTE LLAMADA EN LO ANTIGÜO TORRES Y CASTILLOS DE LOS REYES CATÓLICOS, Y ACUEDUCTO POR DONDE PASA LA ALQUEBIA DE GENERALIFE Á LA ALHAMBRA.

(Conclusión.)

IV.

En el lugar en que nos hemos colocado para encontrar una tradición árabe poética, tenemos que lanzar nuestra vista por entre el arco del acueducto, y fijarla en el ciprés más alto de los que se ven á lo lejos, y tras los cuales en último término se ve la redonda silueta del Cerro de Santa Elena, ó del cerro Gordo, nombre vulgar por que es más conocido.

Ese ciprés, más alto que los otros, es el *Ciprés de la Sultana*, que se levanta en uno de los más bellos jardines de Generalife á la márgen de un largo estanque.

¿Queréis saber la tradición? Os la vamos á contar en muy pocas palabras.

V.

Una noche, cuatro hombres que vestían alquicelles blancos, entraron silenciosamente en el jardín, y se ocultaron entre una espesura de mirtos detras del gigantesco ciprés.

Uno de aquellos hombres era el *Rey Chico* de Granada; los otros, jefes de la bravía tribu zegrí, enemiga á muerte de la generosa tribu abencerraje.

Tenía el *Rey Chico* una esposa, de la cual dicen los cronistas árabes no podía encarecerse bastante la hermosura.

Para formar su belleza había quitado Dios sus más encantadoras formas á los siete ángeles más hermosos del sétimo cielo. Las buenas hadas la llamaron al nacer Lucero de la mañana (1).

Lucero de la mañana se unió sin amor al *Rey Chico*.

Y tenían los abencerrajes por jefe á *Aben-Hamet*, el hermoso y el bravo, el héroe en la batalla, el vencedor en la justa, el que nunca dejaba de arrancar la sortija con la punta de su lanza, el fiero rejonador de toros, que nunca rompía más que un rejon que iba á clavarse en las entrañas de la fiera.

El temido de los valientes, el deseado de las hermosas, el sol de la caballería, la gala de Granada.

Y se amaron Lucero de la mañana y *Aben-Hamet*.

Y sólo la luna que plateaba el sombrío jardín del ciprés, y el ciprés mudo, y los pájaros cantores de la noche, y la cascada que se derrumbaba en el estanque, y los peces que en el estanque nadaban, y la fresca grama, y la enramada de mirtos, y las fragantes flores, conocían la felicidad pura, misteriosa, de Lucero de la mañana y *Aben-Hamet*.

Pero los amantes fueron imprudentes; y los zegríes, enemigos cobardes de los abencerrajes, sospecharon, inquirieron, y supieron el lugar de la cita nocturna de los dos enamorados.

Y llevaron al pie del ciprés una noche de luna llena á *Boabdil el Chico*, y *Boabdil el Chico* creyó, ciego por el furor de los celos, que su esposa era adúltera.

Y devoró aquella noche su rabia, y al siguiente día llamó á su alcázar á *Aben-Hamet* y á los abencerrajes, con palabras traidoras de amistad.

Y *Aben-Hamet* y treinta y seis de los principales abencerrajes fueron desarmados por la guardia del Rey en el patio de los Leones, y degollados uno tras otro en una cámara, que desde entónces se llama sala de los Abencerrajes, y sobre cuyas losas de mármol blanco se ven todavía las manchas rojas de la sangre de aquellos caballeros.

Y Lucero de la mañana fué sentenciada á morir, y sólo la salvó la misericordia de Dios, probando su inocencia en la prueba del duelo.

Y defendieron á Lucero de la mañana matando á los tres zegríes acusadores en la plaza de *Bib-Ar-rambla*, en palenque cerrado, el gran maestro de *Calatrava*, el bravo conde de *Cabra*, y el terrible alcaide de los *Dougeles*, que estaban en el Real de *Santa Fe*, en el cerco de Granada, con los muy altos, muy temidos, y muy poderosos señores los Reyes Católicos *D. Fernando* y *doña Isabel*.

Y Lucero de la mañana se apartó del Rey, y se fué á llorar en la soledad sus desventurados amores.

VI.

Esta es la única tradición, cuyo recuerdo viene á la memoria en el lugar en que nos encontramos con la imaginación, gracias al gigantesco ciprés que se ve á lo lejos, el primero de la izquierda por entre el arco del acueducto.

Aquel lugar es melancólico y triste; todo allí representa la destrucción; los muros corroídos y ruinosos, el negro seductor, el ciprés de la Sultana, que se ve á lo lejos guardando la tradición de un drama terrible; aquel barranco pedregoso por donde pasan los muertos, camino del cementerio; la cumbre de la Silla del Moro, sobre la cual sólo se ven dos fragmentos de muro de lo que fué el magnífico y gigantesco palacio de los Alijares.

Y luego, tocándolas con el pié, las voladoras de las minas francesas.

La destrucción cerca y lejos.

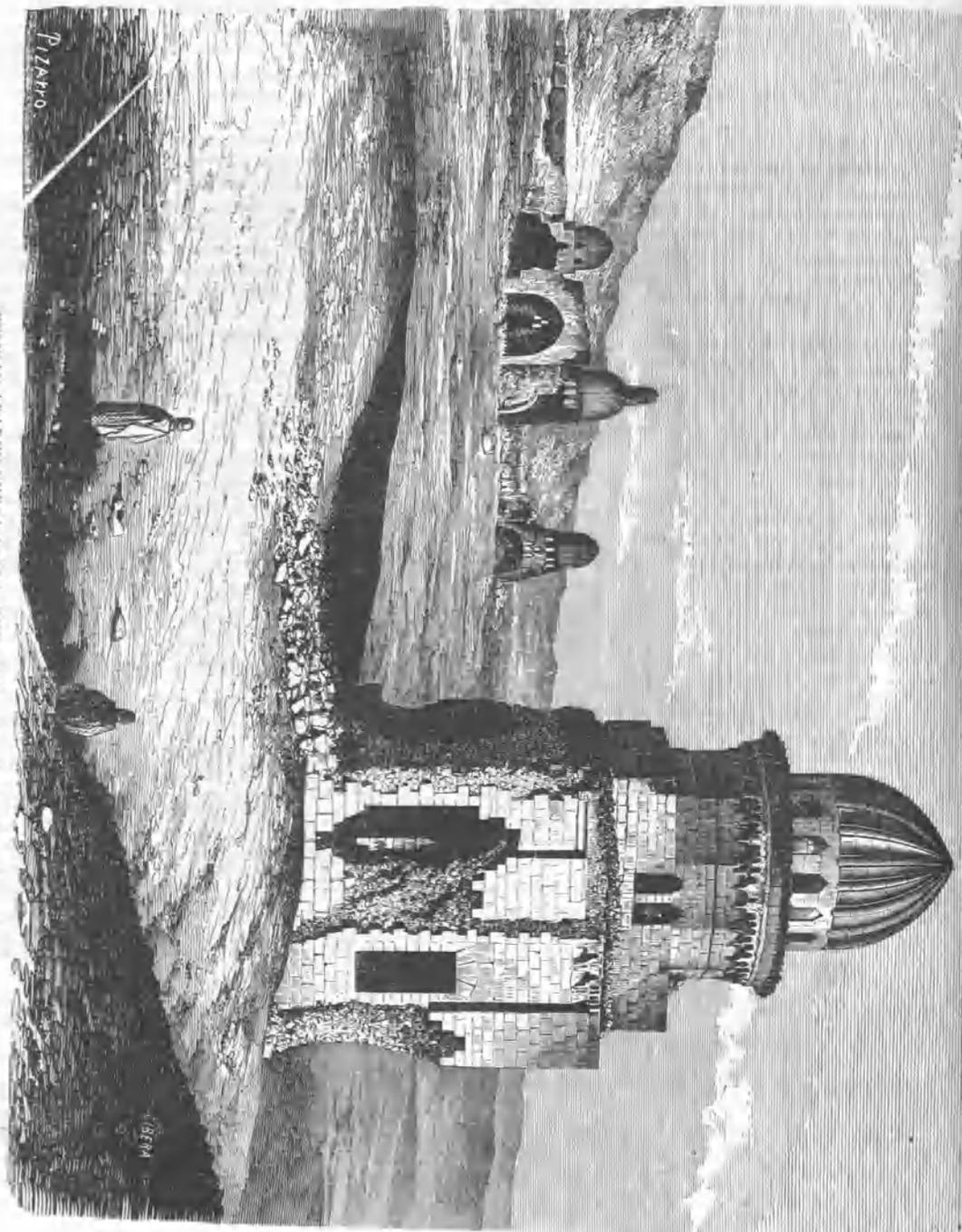
VII.

Os hemos dicho cuanto sabemos para animar ante vuestra imaginación la lámina para la cual se han escrito estas líneas.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(1) Zoraya.

TUMBAS ARABES CERCA DE LA CIUDADDELA DE HILL EN EL CAIRO.



TUMBAS ARABES CERCA DEL CAIRO.

Entre las diversas comarcas que el arte mahometano pobló de notables monumentos, el Cairo conserva multitud de ellos, todos de la mayor importancia, y bien lo demuestran las mezquitas de *Amru*, de *Tulun*, de *El-Azhar*, de *Barkuk Kalun* y *Kaitabaí*; los conventos de los derviches, la puerta pública llamada *Pelái*, el acueducto de la ciudadela, multitud de habitaciones particulares y notables sepulcros, entre los que llaman principalmente la atención los construidos al Nordeste de la ciudad por los califas fatimitas, notables por la elegancia y solidez de la construcción, así como por el gusto de su ornato.

A la misma clase de monumentos, aunque sin poder fijar sus autores, pertenecen también los que presentamos en nuestro periódico, que con igual planta y aspecto general que los de los fatimitas existen cerca de la ciudadela de *Hill*, destruyéndose, abandonados, rápidamente y sin más uso que servir de asilo á los árabes del desierto y á los marabuts errantes.

La mayor parte de estos sepulcros llevaban agregadas mezquitas que hoy están destruidas, y los que copiamos en este número, á juzgar por las labores á manera de estalactitas que adornan su cornisamento, sus arcos de sombrero, sus cuadradas ventanas y los nervios de su cúpula, parecen indicar un período no más lejano que el fin del siglo XII ó principios del XIII.

Lástima grande que la incuria de los habitantes del Cairo deje hundirse estos sepulcros, que no há mucho tiempo se encontraban con frecuencia en aquellas comarcas, y que hoy van siendo cada día más raros, hasta que terminen por desaparecer del todo.

LOS SALTIMBANQUIS.

Publicamos en este número una reproducción, hecha expresamente para nuestro periódico, del celebrado cuadro de Domingo, cuyo título sirve de epigrafe á estas líneas.

Véase en el citado cuadro, representadas con gran exactitud, las escenas de *entre bastidores* (permítansenos la frase) de un circo.

Hálanse en él á la jóven amazona dispuesta á salir en su caballo á dar saltos y piruetas más ó ménos artísticas; al *clown* que acaba de vestirse, y que quizá en aquel momento triste está pensando en las tonterías que tendrá que decir al respetable público para hacerle reír.

Hay en el citado cuadro multitud de detalles que acreditan la siempre merecida fama del pintor Domingo.

MEMORIAS DE UN SIETEMESINO.

Mi nombre, ó mejor dicho, mis nombres, son Rosalino Casimiro Roque. Mi madre murió al darme á luz, y mi padre es senador vitalicio. Somos ricos, muy ricos, pero nos comemos toda la renta, y tenemos deudas: ¿quién no las tiene?

Poseo algo de francés y un poquito de la lengua *británica*. En cambio no sé escribir una carta en el idioma de Cervántes. Suplo esta falta con mi secretario Pepe, que es un muchacho muy listo.

Quise ser abogado; pero era tan incómodo el tener que ir todas las mañanas á la Universidad, que aborté *Las Siete Partidas* y *El Fuero Juzgo*. Después se me metió en la cabeza seguir la carrera de artillero. ¡Es tan distinguido!... Fui al colegio, vestí el uniforme y me pavoneé con el espadañal costado, durante dos meses. Al cabo de este tiempo me formaron consejo de disciplina por desaplicado, desobediente y no sé qué otras faltas más, y fui expulsado del colegio; alegréme de semejante circunstancia, porque allí tenía mucha sujecion y comía mal.

Desde entonces no he vuelto á coger un libro; ¡infante! suelo leer los de Zola.

Confieso que no sé nada de nada.

Creo que los ricos no debemos hacer competencia á los que no lo son y necesitan adquirir renombre y fortuna.

Monto perfectamente á caballo, y soy uno de los más aventajados discípulos del *Zuano*, acreditado maestro de armas.

¡Dirán después los envidiosos que vivo en la holganza!...

Si en alguna parte oigo hablar de Historia, Geografía, Matemáticas ó algo por el estilo, escorro el bulto, porque no puedo meter baza. Pero si se trata de toros, entonces ¡oh! entonces soy invencible, y mi *oratoria* sorprende al auditorio.

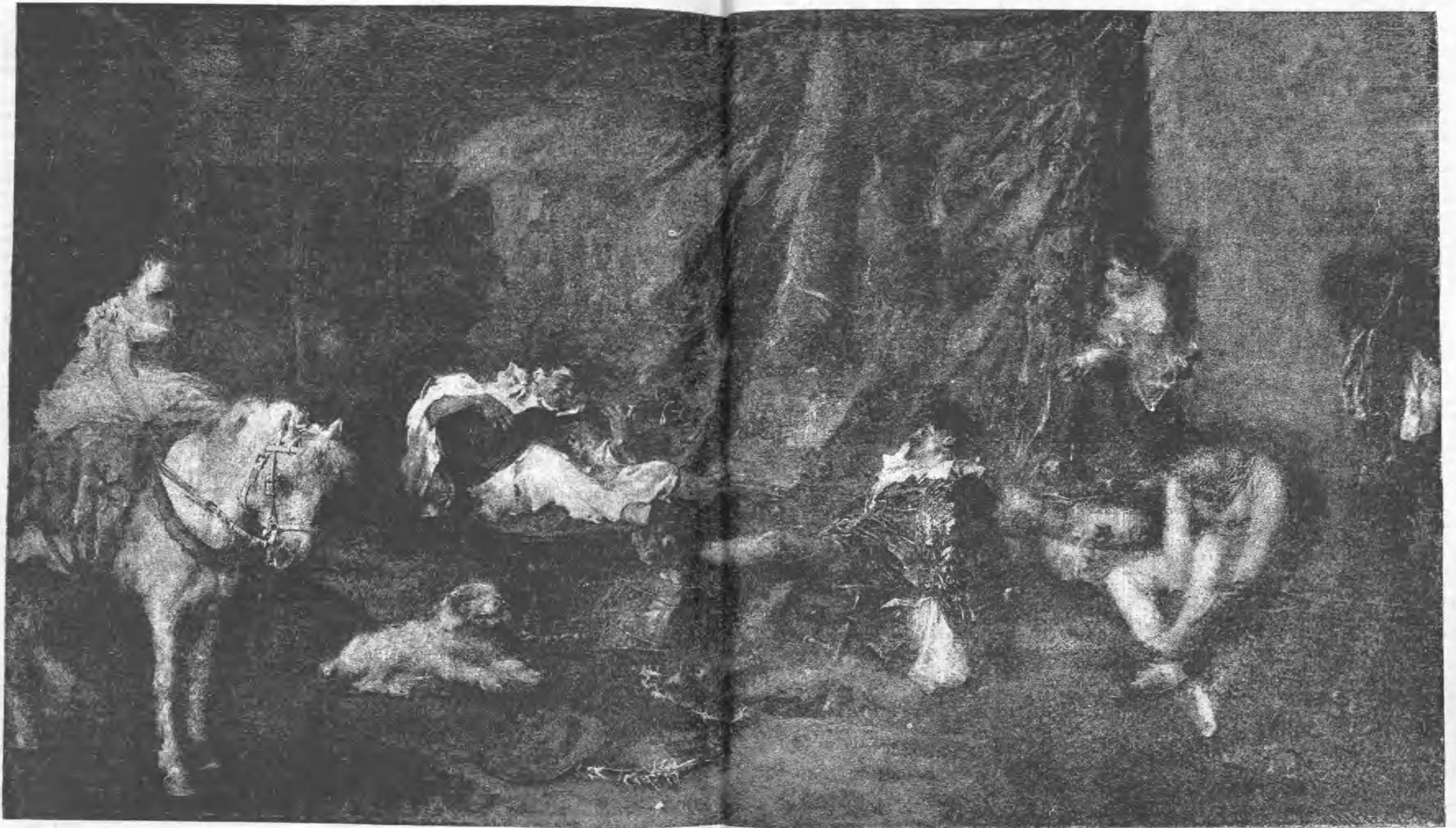
¡Qué gran cosa es la lidia!

¡Si tuviera corazón me haría torero!

¡Aun me duelen las costillas del *revoleon* que me dió un novillo en cierta corrida de aficionados que tuvo lugar en un pueblecillo inmediato á la corte!

Si he de ser franco, confesaré que envidio á los toreros... *de verdad*. Los más estrepitosos aplausos de la multitud, las mejores *bravas* y también las mejores mozas son para ellos. Un torero es un semi-dios. Su coleta es una especie de distintivo, mucho más honroso que una gran cruz. ¡Daría una buena parte de las rentas que debó heredar por ser durante dos años *Frasuelo* ó *Laguetijo*!

Famandéxan ante estos dos grandes hombres los que se dedican á las ciencias y á las artes; calle el inventor del fonógrafo; métase en un rincón todo aquel que anhela el bien de la humanidad, estudiando con afán las dolencias que afligen á los hombres, y procurando hallar para ellas remedio; quítenseme de delante los que pretenden llevar la civilización á las inexploradas regiones del centro de África, ó los que quieren llegar hasta el mismí-



LOS SALTIMBANQUIS.

(CUADRO DE DOMINGO.)

simo polo Norte: en donde está un diestro de nombradía, boca abajo todo el mundo.

Vamos á ver: ¿por qué se llama canto flamenco al *cante hondo*?

¡No le he podido averiguarlo, y lo siento!

¿Procede ese canto de Flándes?

No lo sé, y vive Dios que daría mil duros por saberlo!

Lo mismo que los toreros, me entusiasman los individuos del *cante* y baila *flamenco*.

Siempre que veo á alguna *barbiana* de esas que mueven las caderas á compás de una *jabera* ó de unas *peleneras*, bato palmas y me vuelvo loco de alegría. ¡Eso sí que es bailar y cantar! ¡Viva la Pepa!

Breva, el Malagueño, Piñones y algunos otros *cantaoras* fumosos, son tambien para mí más dignos de aprecio que toda esa cáfila de *notabilidades* de que se ocupan diariamente los periódicos.

¿Y las *cantaoras*?

¡Cielos santos!

Rosa la *Pálida*, la *Melindres*, Rita la *Toreva* y Casimira *Patillae* son las mujeres del siglo; todas ellas tienen un modo de mirar pícaro y *obliquo*, que da el opio.

Una reunion con esas mujeres, media docena de toreros y algunas botellas de manzanilla, me agradan más que una velada literaria y musical en casa de la Duquesa del Pináculo, ó un baile en el hotel del banquero Consolidado; y eso que en ambos sitios se come bien.

¡Qué hermosa es Rosa la *Pálida*!

¡Cuando canta, cuando baila, me roba el alma!

¡Lástima que esté *ensudada* con el banderillero *Canguelo*!

He prometido el oro y el moro á esa encantadora mujer si *tronaba* con *Canguelo*; pero es fiel á sus amores como un perro lo es á su amo.

Y uso que el banderillero la maltrata y le da várias rivas.

¿Será cierto que las mujeres sólo aman bien á aquellos que las desprecian?

Ayer me ha dicho mi padre que me disponga á casarme con Purita, la hija única del Marqués de los Zarzales: es un matrimonio de conveniencia, arreglado entre el autor de mis días y el Marqués.

Purita es bella, distinguida, inmensamente rica, y hasta ahora se disputaron sin fruto el dominio de su corazón los hombres más distinguidos de Madrid.

La niña parece distinguirme, y esto halaga mi amor propio.

Bien está; me casaré, y despues....

¿Qué haré despues?

Derrotar á *Canguelo*, del cual, más tarde ó más temprano, llegará á cansarse Rosa, y ésta será mía.

Nada más decía el libro de memorias del hijo del senador vitalicio; pero hemos podido averiguar

que el solapado sistemático se casó con Purita; que el banderillero *tronó* con Rosa, y que ésta dió al fin oídos al jóven recién casado.

Un año despues de aquel matrimonio, la exquerrida de *Canguelo* llamaba la atención de Madrid con el lujo de sus trenes, y la hija del Marqués de los Zarzales tenía un amante.

Hé aquí el argumento de una comedia al gusto del día, comedia que no llegará jamás á drama, porque Rosalino Casimiro Roque es un marido complaciente, y la hija del Marqués una... dama á la moda.

CÁRLOS ANDRADE.

LA BENEVOLENCIA.

El ser bueno es una ganosa.
Para ser feliz, ser bueno.
LUIS DE SOTILAS.

I.

¡Oh Virgen celeste, suave, amable, tan adorable y tan digna de serlo! ¡Quién no te acogerá en su seno! ¡Quién no te dará un blando asilo en su alma! ¡Quién no querrá hacer de tí la compañera de su vida!

Bajo tu blanco velo se cobijan todos los desdichados y tu grata sonrisa borra todos los defectos; en vano la intolerancia ostenta su tosca y adusta faz: serena y apacible tú, le muestras tu tranquila mirada y grata sonrisa.

Puede decirse que tú haces más bien que la caridad; porque ésta sólo alivia las grandes desgracias y tú endulzas las mil amarguras de la vida.

II.

No hay nada que más se tema, y por consiguiente que menos se ame, que una persona excesivamente rigorista; un hombre de carácter duro é intratable inspira temor y se desea estar siempre lejos de él; pero si estos defectos recaen en una mujer, la hacen insoportable y causan su eterna desgracia.

Es natural el suponer en la mujer un carácter dulce, apacible y blando, un corazón tierno y sencillo y gran flexibilidad de voluntad; nadie se admira de que una mujer sea excesivamente tímida y dócil; pero á lo que nadie puede acostumbrarse es á ver una mujer dura é intolerante.

La que se halla dotada de estos hirvientes defectos, no conocerá nunca la amistad, ni acaso el amor.

La benevolencia es la llave que abre todos los corazones y parece tan natural en la mujer como el perfume en la flor. ¿No sería extraño que una bella y delicada rosa exhalase miasmas pútridos?

Tan extraña me parece una mujer indolente y melévola.

¡Cuántas veces ha conquistado una amistad eterna una sola palabra indulgente!

¡Cuántas el rencor ha caído deshecho, como nube de verano, ante una dulce y confiada sonrisa! Hay pocas personas y pocas acciones que merezcan ser juzgadas con rigor y calificadas con dureza; aun en el fondo de los crímenes se ocultan casi siempre grandes y aterradoras desgracias.

Una de las reglas más seguras de la buena educación es darse por ofendido en sociedad las menos veces posibles: el ofenderse, además de demostrar mal carácter, humilla al enojado; la verdadera dignidad hace imposible hasta el pensamiento de que se le falte y quita la susceptibilidad ridícula, dejando la noble é inquebrantable fortaleza con que debe rechazarse siempre el verdadero insulto.

III.

Es imposible llevar nada en la vida con un rigor extremado, porque es imposible que los que nos rodean lleguen á la perfección que nosotros mismos no podemos alcanzar.

La tolerancia, la benevolencia son necesarias, no sólo con la sociedad y con nuestros amigos, sino hasta con la propia familia.

Exigir que un hombre abrumado con los cuidados de la vida sea siempre afable é inteligente, galante, cariñoso y lisonjero, es una utopía que nunca llegará á verdad, es una ilusión que jamás podrá verse realizada.

Nadie nace perfecto; el carácter tiene sus alternativas, como las tiene el corazón, como el mar tiene sus mareas, como el cielo sus nubes; toda persona que siente mucho es desigual, porque la variedad de sus impresiones se refleja en el exterior, si no tiene gran dominio sobre sí misma.

La benevolencia es, pues, uno de los ejes sobre que gira la felicidad humana; cuando una acción desagrada, es necesario ponerse en el lugar del que nos ofendió y preguntarnos:

— ¿Qué hubiera hecho yo en su caso? Con su educación y en sus circunstancias especiales, ¿hubiera hecho lo mismo?

Este examen de sí mismo trae, á no dudarlo, la indulgencia.

Á no haber mucha benevolencia tampoco lograríamos tener amigos; es preciso tomar á las personas con sus defectos y sin la pretension de corregirlas; por el contrario, hay que excusar estos defectos por el recuerdo de las buenas cualidades; apenas habrá una persona que no sea apreciable por una sobresaliente y bella dote de corazón ó de carácter.

Las personas más intolerantes y más rígidas aprecian y admiran á las benévolas y corteses.

Hace poco tiempo al yo decir á una persona que era más que intolerante, maldiciente:

— El Sr. N.... es sumamente apreciable, tiene la más distinguida educación, porque jamás habla mal de nadie.

IV.

La murmuración, ese vicio que tan arraigado se halla en la sociedad y aun en los círculos más elevados y escogidos, es enemiga mortal de la benevo-

lencia, y la que hace alarde de ella demuestra, no sólo malos pensamientos, sino también mala educación.

El tocado, la figura, los modales, las costumbres de las personas á quienes tratan, ofrecen incesante pasto á la murmuración de algunas mujeres; y no pocas veces me he preguntado yo si serán tan dichosas que la escasez de sus propios cuidados les haga pensar también en los ajenos.

Las que así viven, las que de eso se ocupan, deben tener un corazón muy seco, una cabeza muy vacía y una casa muy mal arreglada.

La felicidad y el buen orden de una familia exigen una atención constante y grandes cuidados.

¿Cómo pensará en lo que le concierne quien sólo se ocupa de investigar y censurar lo que hacen los demás?

Es de todo punto imposible combinar el deseo de saber y de criticar vidas ajenas, con el cuidado de la propia.

La benevolencia trae al ánimo una dulce paz y una inefable quietud, porque no habiendo amargura en el alma es segura la dicha.

Hacer bien ¡qué dulce ocupación!

Pensar bien ¡qué noble empleo de la inteligencia!

Disculpar, amar, consolar, ¡qué tres cosas tan dulces y tan fáciles!

Cuando nos creemos ofendidos, alas de amargura invaden el ánimo, y la sed de venganza es como la túnica de Neso, que abrasaba al que la llevaba consigo.

Una mujer que adoraba á su marido fué no sólo olvidada de éste, que se aborrió de ella, sino perjudicada en sus intereses, casi arruinada por él.

— ¿Por qué le sufres eso? — le preguntaba un día una amiga suya, indignada de verla soportar con paciencia uno de los ultrajes más duros que puede sufrir una mujer.

— Porque le amé — respondió la pobre ofendida.

— ¿Y hoy le amas?

— Ya no.

— ¿Por qué dejas que te arruine?

— Porque le amé.

— Si á lo ménos dijeras que aun le quieres, tendrías disculpa en tu debilidad.

— ¡Pero mentiría! Ya no le quiero, y no obstante, le quise tanto que el recuerdo de aquel amor basta para que le perdone.

— Lo que tú buscas siempre es motivo para no acusarle.

— Es verdad.

— Y cuando no hallas motivo, hallas pretexto.

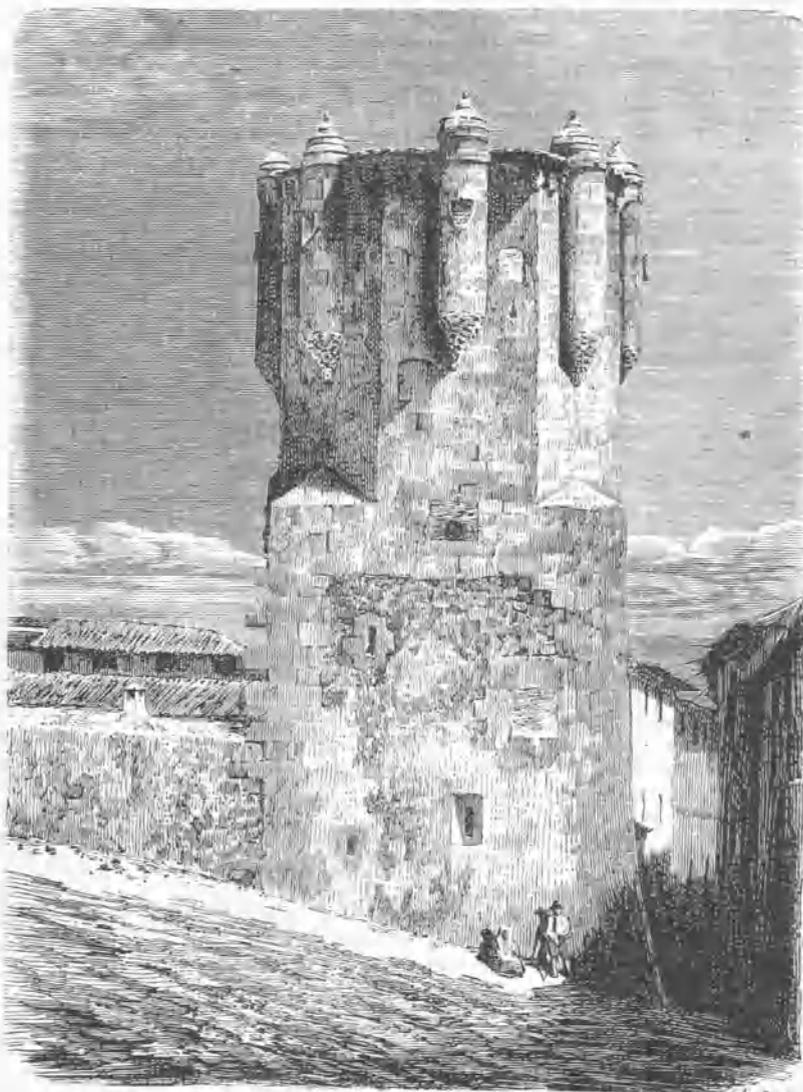
— También es cierto, y al obrar así miro por mi tranquilidad; no me aconsejes la desesperación, negra, sombría y desolada; déjame para alivio la benevolencia, esa suave hija del cielo, que cobija mi sueño con sus alas, que hace dulces lágrimas de los raudales de mi amargo llanto: siendo indulgente y generosa soy ménos infeliz.

LA TORRE DEL CLAVERO

EN SALAMANCA.

Entre los muchos monumentos que por doquier se encuentran en la ciudad del Tórnés, aquella po-

blación que tanta fama logró adquirir por su célebre Universidad, en la cual llegó á tener hasta quince mil estudiantes, llama la atención del viajero un antiguo torreón que formaba parte de la casa de los Sotomayores, señores de Baños, situada en la calle del Consuelo.



TORRE DEL CLAVERO EN SALAMANCA.

Construida la citada torre en la sangrienta época de los bandos de Salamanca, aquel triste período de la historia de la ciudad, que convirtiéndola toda entera en los dos grandes partidos de Manganos y Monroyes, encastilló las moradas y enrojeció casi diariamente con sangre de hermanos las calles de la antigua Salmántica, bien deja conocer en sus labreados tambores, y en la disposición de toda la

fábrica, la segunda mitad del siglo XV, en que se levantára.

Del Clavel la llama el vulgo, corrompiendo su verdadero nombre *del Clavero* que llevaba desde muy antiguo, por haberla mandado edificar don Francisco Sotomayor, clavero de la Orden de Alcántara.

Su forma prismática de ocho lados bien revela el

objeto de su fábrica, y que, temerosos sus dueños de los continuos combates que estaban obligados á sostener, quisieron presentar en todas direcciones inexpugnable fuerte á sus enemigos, defendiéndose, ó fácil medio por cualquier lado para la defensa.

La tradición del país designa esta torre como la prisión que tuvieron los indignos asesinos de doña Inés de Castro.

CANTARES.

En un jardín encontré
Dos rosas entrelazadas;
¡Hasta en las flores encuentro
El amor que á mí me falta!

¡Qué tormento tan horrible
Para el pobre que esté ciego,
Que acariciar á sus hijos
Y no poder nunca verlos!

Al nacer, niña, miraste
Por primera vez al cielo,
Y el cielo, al ver tu hermosura,
Tus ojos trocó en luceros.

Hasta que me despreciaste
No me fué dado advertir
Que le robaba á mi madre
El cariño que te di.

Si á un hombre que tenga vista
Una mujer le es liviana,
¡Qué infame debe de ser
La que á un pobre ciego engaña!

Causan tus malas acciones
Más estrago que una bala;
La bala destroza el cuerpo,
Y tus acciones, el alma.

JOSÉ BELTRAN.

EL PRETENDIENTE.

Yo madrugo ántes que el alba
Y hasta el alba no me acuesto:
Yo entro en las secretarías
Sin permiso de porteros:
No hay agente de negocios
Á quien yo no ponga en juego,
Ni abogado á quien no pida
Dos consultas por lo ménos,
Ni escribano á quien no traiga
Todo el día al retortero,
Ni ministro á quien no asedie
En demanda de un empleo.

Yo me aprendo de memoria
La Guía de forasteros
Para conocer á todo
Empleado del Gobierno
Con su nombre y apellido
Y el destino de que es reo.
Yo de todas las parroquias
El registro exacto llevo;
Sé quién vive, sé quién muere,
Y si está empleado el muerto,
Sé la hora en que sucumbe
Con minutos más ó ménos.
Desde niño me inspiraron
El más alto menosprecio
Los ardores del estío
Y los hielos del invierno:
Ni me arredran pulmonías,
Ni las fiebres me dan miedo;
Para mí no hay estaciones,
Para mí no hay elementos:
Pido, ruego, busco, indago,
Entro, salgo, corro, vuelo;
Pero todos mis afanes,
Pero todos mis esfuerzos
En la puerta se estacionan
De uno y otro Ministerio;
¡Soy el sér más desdichado
Que hay en todo el universo!

EMILIO ALVAREZ.

CUERDAS ESPIRITISTAS Y CIENCIA ALEMANA.

El título con que encabezamos este artículo no dejará ciertamente de asombrar á nuestros lectores: la relación que vamos á hacerles les asombrará aún más. Ella les mostrará hasta qué punto ciertas inteligencias se ven conducidas á la creencia de lo sobrenatural, hasta en despecho de la educación científica y del hábito del razonamiento y de la lógica.

El Sr. Zöllner, que ocupa la cátedra de Astronomía física en la célebre Universidad de Leipzig, ha publicado un libro que ha hecho sensación en su culto país, y en el que admite la potencia real de los *mediums* y de los experimentos de un espiritista célebre, el Sr. Slade, del que en primer lugar hace la historia.

Slade quiere que se le considere el *medium* por cuyo intermedio las almas de los difuntos, en consideración á cinco duros que se le pagan anticipadamente, comunican por medio de una pizarra con los seres queridos que han quedado en esta tierra.

Hace algunos años Slade fué á Inglaterra, é imaginó poner sus operaciones en conocimiento de la *Asociación Británica*; pero esta sabia corporación rehusó tan amable ofrecimiento.

Sin embargo, los doctores Tan Kester y Doukin emprendieron esa tarea, y sin preocuparse por el

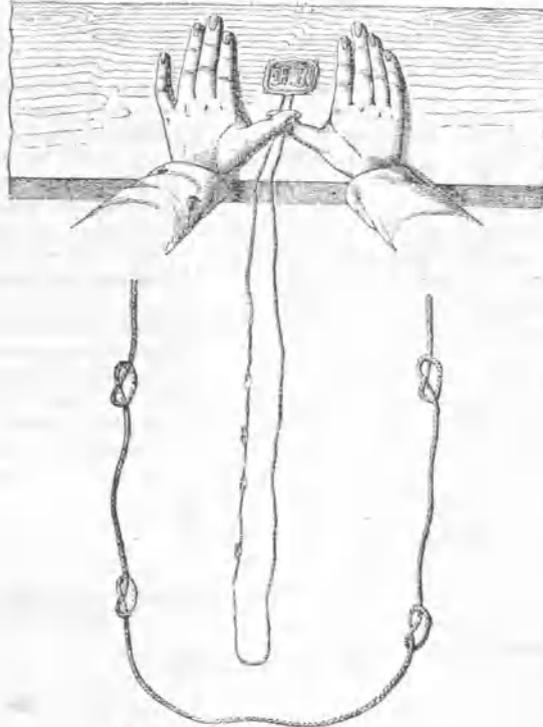
sentimiento que pudieran causar á los difuntos, cogieron la pizarra de Slade en un momento inoportuno, y descubrieron una respuesta ya escrita; respuesta diestramente preparada ántes que la pizarra fuese colocada en la mesa.

Slade compareció ante un tribunal y fué condenado como impostor.

Interpuso apelacion, y ántes que la causa terminase en segunda instancia, desapareció.

Luego volvió á aparecer de nuevo, pero en el continente y sin pizarra.

Esta vez ha sido con un bramante con lo que ha enlazado los ánimos de los sabios profesores alemanes, y principalmente del Sr. Züllner.



CUERDAS ESPIRITISTAS.

El profesor de la Universidad de Leipzig, ántes de asistir á la sesion del Sr. Slade, selló juntas las dos extremidades de una cuerda de cáñamo, sirviéndose á ese efecto de su propio sello. Se prepararon así cuatro cuerdas.

El grabado muestra la posicion de una de las cuerdas, así como de la mano del profesor, á la que se unian la mano izquierda de Slade y la de otra persona.

La cuerda no anudada estaba fuertemente oprimida por los dos pulgares contra la superficie de la mesa, y el resto de la cuerda caía sobre las rodillas del profesor.

Por más que las manos de Slade permanecieran siempre visibles, sin embargo, en su presencia, sin contacto visible, en una habitacion iluminada por la brillante luz del día, cuatro nudos semejantes á los que se ven en el dibujo, aparecieron en la cuerda.

No podemos reproducir aquí la larga Memoria en

la que el profesor Züllner expone su hipótesis; pero hé aquí el resumen:

«Siendo dado el nudo precitado, nosotros que somos tres seres dimensionales, no podemos hacer ó deshacer ese nudo, sino haciendo pasar un cabo de la cuerda por 360 grados en un plano inclinado con relacion al plano que contiene las dos partes dimensionales del nudo, es decir, la mitad de la operacion.

»Pero si hubiera entre nosotros seres capaces de producir por su voluntad cuatro movimientos dimensionales de sustancias materiales, podrian hacer y deshacer esos nudos de una manera más sencilla, por una operacion análoga á la relativa á un nudo de dos dimensiones.

»El nudo de dos dimensiones es la mitad de la operacion que debe hacerse experimentar á la cuerda, nudo que sin ser de dos dimensiones no podría, segun el profesor, deshacer, sino llevando un cabo de

la cuerda por encima del otro, y describiendo así un círculo completo de 360 grados, mientras que una persona de tres dimensiones no da al nudo sino una sola tensión.»

Hay de todas maneras una pequeña dificultad.

¿Cómo comprender que el espacio tenga cuatro dimensiones, longitud, latitud, altura y... qué?

Pero esto no le preocupa al profesor.

¿O bien los procedimientos de Slade están en relación con esa concepción más lata del espacio, ó bien hay supercheria en el juego. La Memoria tiene por objeto probar que la verdad se halla en la primera parte del dilema.

En cuanto á la supercheria, el Sr. Zöllner consagra sólo diez líneas de su párrafo final, para decir: «Slade ha tenido que ver con los magistrados británicos, que no entienden nada de esto; ha sido condenado, aunque inocente; ha sido víctima de la ignorancia de sus acusadores y de sus jueces.»

Se nos perdonará que hayamos citado todo el embrollo que precede; pero sólo lo hacemos dando con él su enseñanza, bajo el punto de vista de la credulidad humana, y porque nos ilumina sobre la extraña disposición del ánimo de ciertos sabios que ocupan en la culta Alemania, en el seno de un país docto, algunos de ellos las cátedras más importantes de la Universidad alemana.

LA BATALLA DEL SALADO.

Vandantes van ricos homes
 Sin tener desaguizado,
 Et cruzando los carriles
 Del Rey de Castiella al mando,
 Et pasaron sus reales
 Fincando cerca el Salado,
 En lunes 30 de Octubre
 Oraban afinojados
 Dende el grande rico-home
 Hasta el misero fidalgo,
 Et non quedaba nengun
 Del ejército christiano
 Que non ficiera oracion
 Del rey de Castilla al lado.
 Et despues apercebidos,
 Con el acero en la mano,
 Va la meznada del Rey
 Firiendo: ca buscan paso,
 Et non los moros les dejan,
 Et pasan faciendo daño:
 La tienda de Abul-Hasan
 Los valientes se fallaron,
 Et baliendo á los zenetas
 Que á sus fermosas guardando
 Estovieron, mal enliesta
 Con el furor la dejaron:
 La morisma arremetia
 Et non dellaba descanso:

Alfonso así les habló
 Con valor á suos vasallos,
 Viendo una flecha lincada
 En l'arzon del suo caballo:
 «—Feridlos, que só yo el Rey,
 » Et nengun poder dudarlo,
 » De Castiella et de Leon,
 » Ca hoy veredes mis vasallos,
 » Et verán'ellos quién só!»
 Su corcel aguijonando
 Entrar quiso en el combate;
 Mas su esfuerzo denodado
 Contivole el arzobispo
 Gil de Albornoz, exclamando:
 «—Estesos quedo, señor;
 » Que non contemplo acertado
 » Pongades en desventura
 » Á Castiella et Leon, contando
 » Que hoy seredes vencedor,
 » Sin buscar desaguisado.»
 Alfonso escuchò la fable
 Et refrenò el suo caballo,
 Et habló de esta manera
 Despues que escodriño el campo:
 «—Plegue á Dios que non murades,
 » Que sois padre, buen soldado;
 » Id paso, Gil de Albornoz,
 » Que esté con pena mirando
 » Que en muy grande afinamiento
 » La haz primera se ha hallado;
 » Corran, pues, para acorrerlas,
 » Adúgala con sus bravos,
 » Et yo ataco por allá.
 »; La Virgen me dé su amparo!»
 Don Alfonso acometiendo,
 Al par que por otros lados
 Soldados y ricos-homes
 Y los guerreros fidalgos
 Ficieron tanta matanza
 En los fieros mahometanos,
 Que hallaron gloria cumprida
 En la orilla del Salado.

E. ZUMEL.

LAS VÍBORAS DEL GABON.

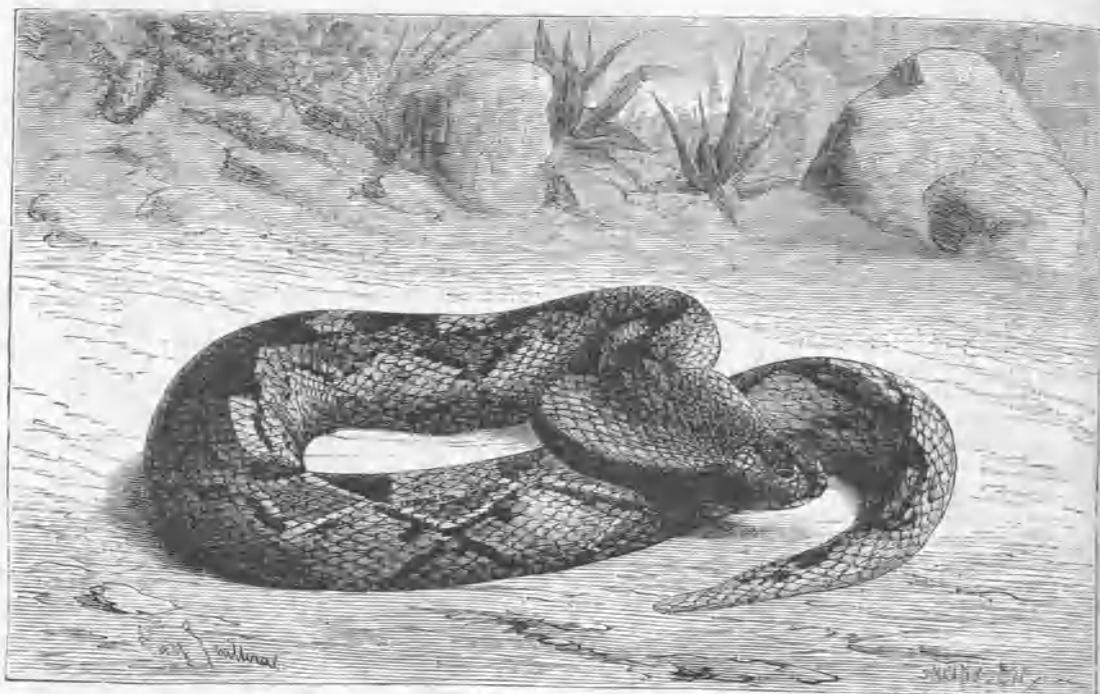
La parte Oeste del África tropical ó intertropical parece ser la patria por excelencia de las terribles víboras que los zoólogos designan bajo el nombre de *equinos*.

Entre éstas merece citarse la víbora del Gabon.

Es una serpiente que puede llegar á tener más de un metro de larga.

La cabeza, voluminosa y aplastada, es muy ancha por detras; el hocico es corto y obtuso, saliente entre las narices, que están muy próximas; los ojos están oblicuamente dirigidos hácia arriba.

El color general es moreno rojizo aterciopelado, realzado á los lados por grandes manchas circuns-



VÍBORA DEL GABÓN.

critas por líneas de color moreno verdoso, bordadas de blanco; en medio del dorso estas manchas afectan la forma de paralelógramos alargados; la parte superior de la cabeza es de un color rojo de ladrillo.

La víbora del Gabón es una serpiente lenta y perezosa en sus movimientos, que huya del hombre, á menos que no le ataque.

Habita lo mismo las alturas que los terrenos bajos; se alimenta de aves, ratas, reptiles y peces; es muy venenosa, y su mordedura es casi siempre mortal.

Se reconoce la presencia de la serpiente por un ruido muy particular que hace oír, y que consiste en una especie de gemido ahogado, al que sigue un silbido; cuando los indígenas oyen este ruido, se apresuran á huir, pues el reptil está á la defensiva; aplana su cabeza y su cuerpo, abre anchamente la boca, estando dirigidos los colmillos hácia adelante; los ojos parecen cochar fuego; luego, extendiéndose bruscamente como un resorte, el animal se lanza sobre su víctima.

El punto mordido en seguida es sitio de un verdadero dolor, tiene una sensación de frío extremo, al que suceden bocanadas de calor, y el cuerpo se cubre de sudores profusos; sobrevienen vómitos, una laxitud extrema se hace sentir, y llega la muerte muy rápidamente en un síncope.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS. — Tumbas árabes en el Cairo. — Los Saltimbanquis, corderos de Domingo. — Torre del Clavero en Salamanca. — Escenas espiritistas. — Víbora del Gabón. — Jeroglífico. — Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO. — Los Misterios del Bosque Virgen, por Lola Bonaschard. — El Dentelero, ó una vida en las Montañas, por Mayne Reid. — El Sargento Federico, por Beckmann-Clairfian. — La Alhambra (conclusión), por D. Manuel Fernández y González. — Tumbas árabes cerca del Cairo. — Los Saltimbanquis. — Memorias de un sistemático, por Carlos Andrade. — La Beneficencia, por María del Pilar Simón. — La Torre del Clavero en Salamanca. — Cantos: por José Beltrán. — El Pretendiente, por Emilio Álvarez. — Cuchos espiritistas y ciencia alemana. — La batalla del Salado, por R. Zamel. — Las Víboras del Gabón.